



José Zorrilla

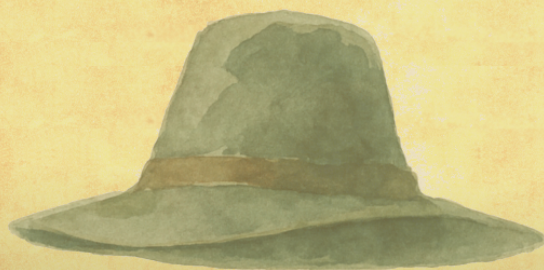
Traidor,
Inconfeso y
Mártir



E LEJANDRIA

José Zorrilla

Traidor,
Inconfeso y
Mártir



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

TRAIDOR, INCONFESO Y MARTIR

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

JOSÉ ZORRILLA

PUBLICADO: 1849

FUENTE: PROJECT GUTENBERG

**EDICIÓN: R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA
ANA, 11, DUP, MADRID, 1917**

TRAIDOR, INCONFESO Y MARTIR: DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ÍNDICE

[Reparto](#), [Acto I](#), [Nota](#), [Acto II](#), [Acto III](#).

NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

- Los errores de imprenta han sido corregidos.
- La ortografía del texto original ha sido modernizada de acuerdo con las normas publicadas en 2010 por la Real Academia Española.
- Las abreviaturas y los nombres de los personajes han sido expandidos para mayor facilidad de lectura.
- Los leísmos y laísmos que no afectan a la rima han sido corregidos.
- Las páginas en blanco han sido eliminadas.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Traidor, inconfeso y mártir

Drama histórico

en tres actos y en verso

escrito expresamente

Para el beneficio de Doña Matilde Díez

por

Don José Zorrilla

Octava edición

REPARTO

PERSONAJES

DOÑA AURORA

GABRIEL ESPINOSA

DON RODRIGO DE SANTILLANA,
alcalde de casa y corte

DON CÉSAR DE SANTILLANA,
capitán de jinetes del primer tercio de
Flandes

ARBUÉS

BURGOA Y NAO D'ANDRADE

EL MARQUÉS DE TAVIRA

EL DOCTOR N.

UN ESCRIBANO

UN ALGUACIL

UN CRIADO DE BURGOA

Alguaciles, soldados y criados

ACTORES

Doña Matilde Díez.

Don Julián Romea.

Don Antonio Barroso.

Don Florencio
Romea.

Don Patricio Sobrado.

La Escena en los dos primeros actos, pasa en una posada de Valladolid, y en el tercero en Medina del Campo, en el año 1594 de N. S. J. C.



ACTO PRIMERO

Antesala de una posada de Valladolid. Puerta en el fondo, que da al exterior. Dos a la izquierda, que dan al interior. Ventana a la derecha.

ESCENA PRIMERA

BURGOA, que aparece; un CRIADO, que sale por el fondo.

Criado

Señor amo.

Burgoa

¿Qué hay?

Criado

Un hombre.

Burgoa

¿Qué quiere?

Criado

Veros.

Burgoa

Que pase.

Criado

Entrad aquí, seor hidalgo.

ESCENA II

BURGOA y el MARQUÉS, embozado.

Marqués

Buenas noches.

Burgoa

Dios le guarde.

Marqués

¿Eres tú el huésped?

Burgoa

Yo soy.

Marqués

¿Luis Burgoa?

Burgoa

Y Nao d'Andrade.

Marqués

¿Portugués?

Burgoa

Lo canta el nombre:

De Alfontes en el Algarbe.

Marqués

Paisanos somos.

Burgoa

¿Sois vos

también?...

Marqués

Escúchame y cállate.

Burgoa

Callo y escucho.

Marqués

Esta noche

vendrá a pedirte hospedaje

en esta posada un hombre,

cuyas señas voy a darte

para que no le equivoques.

Edad, cuarenta años; traje

negro, cabello rapado,

barba crecida, semblante

pálido, mirada de águila,

sonrisa triste, andar grave.

Burgoa

Con tantas señas, señor,
que le equivoque no es fácil.

Marqués

Aún faltan más; una dama
en su compañía trae
de apenas diecisiete años,
y haciendo veces de paje,
viene sirviéndoles a ambos
un veterano de Flandes,
en quien, por más que se afana
por tosco labriego en darse,
se revelan a la legua
las costumbres militares.

Lo mismo sea sentirles
a tus puertas acercarse,
con luz y sombrero en mano
saldrás hasta los umbrales:
mandarás de sus caballos
cuidar, y sus equipajes
subir a los aposentos
mejores que puedas darles.

Les servirás a su antojo
los más sabrosos manjares,
y los vinos más añejos,

y entretanto que ocuparen
cuarto en tu posada, en ella
no recibirás a nadie.
Yo toda entera la alquilo
para ellos. Ahí va parte
del gasto que hacerte puedan;
cuando esa suma se acabe,
te rellenaré esa bolsa:
lo que sobre, para gajes
del huésped y de los mozos.
Adiós, y silencio, Andrade.
Burgoa

Un momento, caballero,
¿Y si ese hombre preguntare
quién paga su gasto?
Marqués

Nada
digas.
Burgoa

¿Y si se obstinase
en saberlo?
Marqués

Guardarás
silencio, y la cuenta al darme,
tu silencio y sus porfías
pondrás como cantidades

en guarismos, y yo solo
veré las sumas totales.
Pero ten cuenta, Burgoa:
porque el oro que aquí ganes
crecerá con tu prudencia
y te se irá con tu sangre;
porque indiscreciones de oro
con hierro es bien que se atajen,
y fortuna que se canta
siempre se la lleva el aire.
Burgoa

Señor...

Marqués

Adiós, que no quiero
que aquí si llegan me hallen.
(*Vase*).

ESCENA III

BURGOA; después DON CÉSAR

Burgoa

¡Aventura más extraña!
alguna apuesta, algún lance

de amor: pero ¿qué me importa
a mí? Lo que es indudable
es que el bolsillo está lleno
de doblillas; ¿para gajes
las que sobren? ¡Bah! lo menos
ciento por veinte. Adelante.
Don César

(Saliendo).

Buenas noches.

Burgoa

¿Qué se ofrece?

Don César

Hablar con el dueño.

Burgoa

Habladle.

Don César

¿Eres tú?

Burgoa

Yo mismo.

Don César

¿Estamos

solos?

Burgoa

Sí.

Don César

Atento estame.

Tres personas a tu puerta
vendrán muy pronto a apearse;
un hombre galán, de pálido
rostro y de noble talante,
una dama tan hermosa
como pintan a los ángeles,
y un escudero que tiene
mezcla de asistente y paje.
Dale lo mejor que tengas,
como a príncipes regálales:
lo que no poseas, cómpralo,
y en el precio no repares.
Ahí tienes doscientos pesos
en oro: cuando los gastes
en su servicio, me pides
más, y si sobran, por gajes
te los embolsas, con ceros
sumas y cuentas cabales.
Burgoa

Caballero, perdonad:
pero habéis llegado tarde.

Don César

No te entiendo.

Burgoa

Un embozado

que salía cuando entrabais

os ha ganado la mano;
y para esos personajes
por quien os interesáis,
con palabras semejantes
a las vuestras ha alquilado
y pagado el hospedaje
de mi casa con el oro
de este bolsillo: miradle.
Don César

¿Y quién es ese embozado?

Burgoa

No le conozco.

Don César

¿Su traje,

su porte, ni sus palabras
indicios no pueden darte
de quién sea?

Burgoa

No, señor

militar; ni su semblante
vi jamás, ni haber oído
recuerdo en ninguna parte
su voz.

Don César

¿Es joven o viejo?

Burgoa

¿No le habéis visto?

Don César

En la calle

estaba ya cuando yo
llegaba a tu puerta, y casi
no puse atención en él.

Burgoa

Es un señor respetable,
de barba gris, noble y rico.

Don César

¿Noble y rico? ¿De qué sabes
que lo es si no le conoces?

Burgoa

Dan en él lo muy bastante
a conocer la riqueza,
su oro y modo de darle,
y la nobleza, además,
de su tono y de sus frases,
el aroma que se exhala
de su valona y sus guantes.

Don César

Pues, señor, icómo ha de ser!

Dijiste bien, llego tarde.
Réstame, pues, solamente
mis ofertas reiterarte:

emplea ese oro a gusto
de quien lo da, y lo que falte
yo lo abono: y a otra cosa,
que el tiempo vuela. Melquiades,
acomoda los caballos
en la cuadra.
Burgoa

Dispensadme,
capitán; no puede ser.
Don César

¿Por qué?
Burgoa

Porque no hay vacante
un solo pesebre en ella.
Don César

Pues en ese caso dame
un cuarto a mí y una cama,
y que se vaya Melquiades
con los caballos.
Burgoa

Tampoco
puedo servirlos.
Don César

¡Bergante!
¿Intentas burlas conmigo?
Burgoa

¡Dios me libre de burlarme
de tan gallardo mancebo!
Mas tengo orden terminante
de aquel embozado incógnito
de no recibir a nadie
por esta noche en mi casa,
más que a ellos. Excusadme,
pues, capitán.

Don César

(Se sienta).

Pues entonces
dame un bocado que el hambre
me satisfaga y un trago
que me remoje las fauces.

Burgoa

Señor, todo está comprado,
y nos cansamos en balde.
Pues que por esos viajeros
os interesáis, dejadles
libre la casa, y no hagáis
que yo a mi palabra falte.

Don César

El caso es que a mí me importa
en esta casa quedarme
por esta noche, y es fuerza

que me quede.
Burgoa

Pues en grave
compromiso me ponéis
si os quedáis, y por mi parte
por cuantos medios me ocurran
estoy dispuesto a evitarle.

Don César

¿De modo que te propones
en la plazuela plantarme
en una noche como esta,
con frío tal, oro y hambre?

Burgoa

Sí, señor.

Don César

¿Sin más razones?

Burgoa

Os llevo dadas bastantes.

Don César

Pues señor, lo siento mucho;
mas fuerza es que te se alcance,
pues no eres tonto, que cuando
muestro empeño semejante
en hospedarme en tu casa,
no vine para marcharme
de ella otra vez despedido

como un buhonero errante.
Burgoa

Pues mirad cómo ha de ser.

Don César

Así: toma, y lee si sabes.

(Le da un papel).

Burgoa

¿Y qué es esto?

Don César

Lee.

Burgoa

(Leyendo).

«Dará

Luis Burgoa Nao d'Andrade
alojamiento en su casa
número dos de la calle
de la Antigua, al capitán
del primer tercio de Flandes
don César de Santillana,
con seis jinetes».

Don César

Cabales.

Burgoa, en nombre del rey
vas a ofrecerme de balde
lo que por oro me niegas.

Burgoa

La boleta haré que os cambien
a cualquier costa.

Don César

Será

trabajo inútil; es tarde.

Burgoa

No importa, tengo dineros
y muy buenas amistades
hoy en el Ayuntamiento.

Don César

Pues Burgoa, no las cansas
inútilmente esta noche;
porque a más de que es mi padre
juez de la chancillería,
y de casa y corte alcalde,
tengo seis hombres
y un escudero, incapaces
de obedecer otras órdenes
que las que yo quiera darles,
que del umbral de la puerta
no permitirán que pases.
Conque cede a mis razones,
que son a fe terminantes,
y dame luz, cena y cuarto,
que con ese personaje

misterioso, seré yo
solamente el responsable
de todo, en nombre del rey.
Burgoa

Callo al rey.

Don César

Y muy bien haces,
que contra el rey nadie es cuerdo
en oponerse. Melquiades,
toma luz y desensilla
a Bayardo: a acomodarme
voy en algún cuarto bajo,
para que cuando llegaren
esos huéspedes, en casa
ya pagada no me hallen.

Burgoa

Capitán, pues no hay remedio,
yo os ruego, con la más grande
humildad, que os alojéis
en una sala que cae
al huerto que tengo a espalda
de la casa.

Don César

Que me place
te digo el alojamiento.
Vamos allá.

Burgoa

(Los dos a la puerta).

Hacia esta parte
y en el fin del corredor
veréis una puerta grande
que da sobre esta escalera:
tomad el farol que arde
en el descanso; bajadla,
y Andrés os dará la llave
de vuestro cuarto, y decidle
que a vuestras gentes os llame.
Yo os enviaré buena cena
y fuego.

Don César

Dios te lo pague.

(Vase).

ESCENA IV

BURGOA; después DON RODRIGO

Burgoa

Santillana y capitán,

y de los tercios de Flandes

y con la boleta en regla
y espada de gavilanes,
¿quién le resiste? El incógnito
se hará cargo del percance,
y tendrá su compañía
que sufrir y resignarse.

Contra el rey nadie es valiente.
Don Rodrigo

(Entrando).

¡Ah de esta casa!

Burgoa

Adelante.

Don Rodrigo

¿Sois el dueño de ella?

Burgoa

Soy

Luis Burgoa.

Don Rodrigo

Dios le guarde.

Burgoa

Mil gracias; lo mismo digo.

¿Qué se ofrece?

Don Rodrigo

Que oiga y calle.

Esta noche a esta posada
vendrá un viejo a apearse

con una dama encubierta
y un escudero; hospedadles
con mucho agrado y servidles
sin dudar cuanto demanden:
su gasto corre por cuenta
del rey, y desde el instante
en que vuestra casa ocupen,
de ellos, de sus equipajes
y cuanto les pertenezca,
seréis vos el responsable.
Dejaréis entrar a todos
los que por él preguntaren:
a todos, quienquier que fueren;
mas no dejaréis a nadie
volver a salir. Abajo
tenéis unos militares
alojados, y las órdenes
competentes voy a darles
para que os presten auxilio,
y en caso de apuro guarden
las puertas. Conque silencio
y adiós; volveré más tarde.
Burgoa

Señor, vuestra autoridad,
sea cual fuere, excusadme
que os pregunte a quién la honra

tengo de hablar.
Don Rodrigo

Al alcalde

Rodrigo de Santillana.

Burgoa

¡Jesucristo!

Don Rodrigo

Dios le guarde.

ESCENA V

Burgoa

¡Dios nos asista! Con un

Santillana era bastante
para su mal; pero ¿juntos
el capitán y el alcalde
pisándoles los talones?

Ya, ya están frescos los tales
viajeros. Los Santillanas...

Raza de réprobos; aves
de mal agüero; golillas
todos; búhos de las cárceles
y de las horcas, que solo

pronosticar pueden males.

Santillanas..., ifuego en ellos

y en quien a casa los trae!

No hay portugués que no tenga

con ellos cuentas. Mas baste,

que Dios dirá. Gente llega.

¡Andrés!

(Al ir a entrar por el fondo, sale Arbués de viaje, enlodado).

ESCENA VI

BURGOA y ARBUÉS

Arbués

No hay que incomodarse,

patrón; somos gente llana

mis amos y yo, y a nadie

gustamos de dar que hacer.

¿Hay aposentos capaces,

limpios y con buenas camas

para una dama, su padre,

su escudero y dos criados?

Burgoa

Sí, señor, los hay; y tales

que no habrá en palacio muchos
que en lo limpio les alcancen.
Arbués

Pues poned en uno luces
para la dama.
Burgoa

Que bajen;
voy a mandar por los trastos
que traigáis.
Arbués

Que no se cansen
vuestros mozos; ya los nuestros
suben con los equipajes.
(Suben los mozos con baúles).
¿Dónde los pondrán?
Burgoa

Allí,
en esos cuartos.
Arbués

(A los mozos).

Llevadles,
pues.

Burgoa

¿Y la dama?

Arbués

Se está

despidiendo de su padre.

Burgoa

¿Pues qué, no se queda en casa

con ella?

Arbués

Sí, mas tiene antes

que entregar unos breviarios

a un primo suyo que es fraile

en San Pablo, y tardará

tal vez, mas no hay que esperarle.

Burgoa

Marta, Ginés, a esa dama

alumbrad.

(Sale doña Aurora).

Arbués

Ya llegan tarde,

patrón.

Burgoa

¡Qué! ¿Sin aguardar

que la sirvan?...

Arbués

Si es más ágil

que un lancero, y nunca se anda

con cumplimientos.

ESCENA VII

ARBUÉS, BURGOA y DOÑA AURORA

Burgoa

(*Aparte*).

(Buen talle,
garboso andar, y iqué hermosa!
Dijo bien cuando a los ángeles
la comparó el capitán).

Doña Aurora

¿Sois el huésped?

Burgoa

Ordenadme,

señora; yo soy.

Doña Aurora

¿Hay fuego

en mi aposento?

Burgoa

Y bujía,

y puede vueseñoría
disponer de él desde luego
y de toda mi posada.
Os mandaré a mi mujer
que os sirva.

Doña Aurora

No es menester;

yo me sirvo sola, y nada

necesito. ¿Arbués?

Arbués

Señora.

Doña Aurora

Cuando vuelva, aunque sea tarde,

me avisarás.

Arbués

A la hora

en que llegue.

Doña Aurora

(A Burgoa).

Dios os guarde.

Burgoa

¿Tomaréis un refrigerio,

un tentempié, para abrigo

del estómago?

Doña Aurora

¿No os digo

que nada quiero?

(Vase por la izquierda).

Burgoa

¡Qué imperio!

ESCENA VIII

ARBUÉS y BURGOA

Burgoa

¿Y vos no cenáis?

Arbués

Poco ha

que comimos y costumbre
no tenemos.

Burgoa

A la lumbre

podéis venir, que la habrá
buena en el hogar.

Arbués

No tengo

frío; podéis sin reparos
cuando queráis acostaros;
porque mi amo, os lo prevengo,
de que le sirva no gusta
nadie más que yo, que sé
sus mañas.

Burgoa

Tenéis a fe

buen trabajo.

Arbués

¡Bah! Se ajusta

cada cual al que le toca
en esta vida: yo estoy
a su servicio y le doy
cumplimiento..., y punto en boca,
que tengo sueño. Dejad
la llave a mano y a abrir
bajaré, cuando venir
le sienta; que echen, mandad,
pienso a los caballos, yo
de este sillón haré lecho.

Burgoa

¿Dormiréis ahí?

Arbués

¿Pues no?

Es costumbre y ya estoy hecho.

Burgoa

Pues para cuando me acueste

ahí queda la llave, y vos
os gobernaréis.

Arbués

Adiós,

pues.

Burgoa

Descansad. (¡Mala peste
me coja si yo me acuesto
sin ver a ese hombre quedar
dentro de casa!).

(*Vase*).

Arbués

Cerrar

no está demás.

(*Cierra la puerta del fondo*).

ESCENA IX

ARBUÉS; después DON CÉSAR

Arbués

En mi puesto

heme ya.

(*Se sienta en el sillón y llaman a la puerta del fondo*).

Han llamado.

Don César

(*Dentro*).

¿Arbués?

Arbués

¿Por mi nombre? ¿Quién será?

Don César

Alférez Arbués.

Arbués

¿Quién va?

Don César

Abre a un amigo.

Arbués

¿Quién es?

Don César

El capitán Santillana.

Arbués

¿Don César?

Don César

Sí, date prisa,

Arbués, que nos interesa.

Arbués

(Abre).

¡Válame la soberana

Virgen! ¡Vos, mi capitán!

Don César

No malgastemos, Arbués,

nuestro tiempo.

Arbués

Hablad: ¿qué hay, pues?

Don César

Las bocacalles están
tomadas alrededor
y conmigo hay seis soldados
en esta casa apostados.

Arbués

¿Y qué?

Don César

Que es a tu señor
a quien buscan. Si Gabriel
los umbrales de ella pasa,
Arbués, dentro de esta casa
todos sois presos con él.

Arbués

No os dé pena, capitán;
mi amo, que lo sabe todo,
de hacer encontrará modo
inútil todo ese afán.

Don César

El asunto no es materia
de chanzas; en la partida
sé yo que le va la vida.

Arbués

¡Diablo!

Don César

La cuestión es seria.

Registrarán su equipaje
y hasta la misma persona;
y si razón no le abona
terminante, aquí su viaje
concluye, porque al misterio
de su vida dar alcance
quiere el rey.
Arbués

¿El rey?

Don César

El lance

ves que no puede más serio
ser. Mi padre, don Rodrigo,
me ha encomendado su guarda,
diciéndome que le aguarda
pronto y ejemplar castigo.
Hasta ahora, a lo que creo,
de sus poderes abusa
la justicia, pues le acusa
a ciegas su buen deseo.
Mas he oído una expresión,
que, a probarse con certeza,
le va a costar la cabeza,
sea impostura o ambición.
Óyeme ahora. El destino,
por su bien o por mi mal,

me une a su sino fatal
y me arroja en su camino.
Instinto y veneración
por él en mi pecho ruegan,
y por Aurora me ciegan
cariño y adoración.
En el nombre de la ley
a espiarle a Madrigal
me enviaron, y cumplí mal
con las órdenes del rey.
Desde Madrigal os sigo.
Arbués

Lo sabíamos.

Don César

Tiempo es

de que sepamos, Arbués,
a qué atenernos. Conmigo
es preciso que Gabriel
hable esta noche. Es forzoso
que este arcano misterioso
penetre a la par con él.
Hay de un misterio tremendo
en su existencia la duda;
siempre me tendrá en su ayuda,
mas que se explique pretendo.
Yo quiero de cualquier modo

salvarle; quiero que a prueba
ponga mi fe y que me deba
su porvenir, en fin, todo
quiero comprenderlo, y sea
quien fuere, noble o villano,
vil traidor o soberano
coronado, que en mí vea
un fiel amigo, un apoyo
presto a dividir con él
desde el sitio de un dosel,
hasta de la tumba el hoyo.
Arbués

Que os ciega amor bien se ve.

Don César

Arbués, si su amor merezco
y si mi mano la ofrezco...

Arbués

No la admitirá.

Don César

¿Por qué?

Arbués

Porque es Espinosa un hombre
que no quiere que se una
ni hombre alguno a su fortuna,
ni nombre alguno a su nombre.

Don César

Yo los males que le afligen
acepto y sus opiniones,
sin pedir de ellas razones.
Y si ocultarme su origen
les importa, nunca el nombre
preguntaré de mi esposa;
sea honrada y cariñosa,
y nada habrá que me asombre.

Arbués

Estáis loco, capitán.

¿Queréis con un pastelero
emparentar?

Don César

Arbués, quiero

salir de una vez de afán.
Te he dicho que mi destino
me lleva tras de Gabriel.

Arbués

Pues es fuerza que huyáis de él;
echad por otro camino.

Don César

¡Arbués!

Arbués

Yo sé lo que digo.

Vuestro ayo fui; soy ya viejo

y daros puedo un consejo;
tomadle que es de un amigo.

Cumplid vuestra obligación
sin tropezar con Gabriel,
y el misterio que hay en él
dejad en su corazón.

Para vuestro amor, de roca
será su alma, y recelo
que no os dará ni consuelo
ni satisfacción su boca.
Don César

Pues qué, ¿hace ese hombre un agravio
impunemente?

Arbués

Lo que hace
no sé, mas no satisface
jamás.

Don César

Pues bien, si su labio
satisfacción no me da,
yo le haré que hable sin gana
con mi acero.

Arbués

Santillana,
en silencio os matará.

Don César

¿A mí?

Arbués

Tal creo en conciencia.

Don César

¿Tiene algún filtro Gabriel?

Arbués

No; mas acaso con él

pelea la omnipotencia.

Don César, tened a raya

vuestra locura y tomad

mi consejo: abandonad

la senda por donde él vaya.

Don César

No puedo.

Arbués

Una indiscreción

muy sandia sé que cometo;

mas voy a ser indiscreto,

porque tengo os obligación.

Don César

Habla, habla.

Arbués

Ese Gabriel

Espinosa, el pastelero,

tiene más de caballero

de lo que aparenta él.
Tres años ha que le sigo
de su favor obligado,
que honra y vida me ha salvado,
y más que dueño es mi amigo.
Don César

¿Pero quién es?

Arbués

Voy a ello.

Quién es... isábenlo él y Dios!
Cuanto sé yo de él vais vos
a saber, mas bajo sello
guardadlo siempre.

Don César

Concluye.

Arbués

Escuchad, pues, lo que sé,
y vos veréis de él a fe
si en pro o en contra os arguye.
Él sabe todas las leyes,
cuenta todas las historias,
los desastres y las glorias
de los europeos reyes.
Él conoce los blasones
como un rey de armas; él mide
las noblezas; él decide

sobre razas y opiniones;
y tales fuerzas alcanza,
que con precisión certera
monta un potro a la carrera
y hace astillas una lanza
en el aire.
Don César

¡Jesucristo!

Eso se cuenta también
de don...
(Arbués le tapa la boca con la mano).
Arbués

No digáis de quién;
de él yo lo cuento, y lo he visto.
Y en fin, os diré un secreto:
¿Conocíais a Quiñones,
el teniente de dragones?
Don César

Sí.

Arbués

Sabéis que era el respeto
de los diestros en la esgrima,
porque jamás estocada
le hirió, mientras que su espada
veinte muertes le echó encima.
Don César

Sí.

Arbués

No ignoraréis que muerto
en Madrigal se le halló;
pues bien, Gabriel le mató
riñendo.

Don César

¿Cierto?

Arbués

Tan cierto,
capitán, como es de noche.
De Gabriel en la hostería
con el alférez comía
yo una tarde, cuando un coche
paró a sus puertas, y de él
un embozando bajando
se entró hasta allí preguntando
si estaba en casa Gabriel.
Salió este; y el forastero,
que ser mostraba en su porte
un gran señor de la corte,
llevó la mano al sombrero
al ir a hablarle; Quiñones,
de quien sabéis la insolencia,
con aquella impertinencia

peculiar de los matones,
dijo: «¡Hola! ¿Esas tenemos?». Mas no bien le oyó Gabriel, cuando, viniéndose a él, le asió por los dos extremos del collarín del colete, diciendo: «¡Hola, seor espía! ¡Yo os haré, por vida mía, que me guardéis el secreto!». Y con muñeca de hierro, zarandeándole de un lado a otro, le echó derribado bajo el banco como a un perro. El teniente, puesto apenas en pie, echó mano al acero yéndose hacia el pastelero, quien con miradas serenas y voz grave e imperiosa nos dijo: «Echémonos fuera»; y echamos por la escalera los tres en pos de Espinosa. Detrás de unos paredones que hay debajo del camino, parose; fue su padrino el otro, y yo el de Quiñones.

Capitán, juro a mi honor
que no he visto tal destreza
jamás, ni tanta firmeza,
serenidad y valor.

Era un maestro el teniente;
pero a las cuatro paradas
tenía tres estocadas;
rugía de ira, y valiente
atacaba; mas escrito
debió estar: tendiose a fondo
Gabriel, y cayó redondo
Quiñones sin dar un grito.
Don César

¿Y Espinosa?

Arbués

Ni un rasguño

sacó; en silencio su espada
limpió, que estaba manchada
de sangre hasta el mismo puño,
y envainándola con calma,
nos dijo: «Quede lo hecho
sepultado en nuestro pecho,
y que Dios perdone su alma».
Y volviéndose a entrar
otra vez en la hostería,
no ha vuelto desde aquel día

a Quiñones a mentar.
Ahora, señor Santillana,
pues sabéis que hondo cariño
os cobré desde muy niño,
y os guardo afición cristiana,
creed a un amigo viejo:
por delante de Gabriel
pasad sin topar con él;
y agradecedme el consejo.
Don César

Es tarde, y retroceder
no quiero. Resuelto a todo
vengo, y de uno u otro modo
esta noche le he de ver.
Arbués

Yo no os lo puedo impedir;
pero hacéis mal, os lo advierto.
Don César

Más quiero por él ser muerto
que sin Aurora vivir.
Arbués

Allá os las hayáis.
Doña Aurora

(*Dentro*).
¡Arbués!
Arbués

Pronto, marchaos; es ella.

Doña Aurora

(Dentro).

¡Arbués!

(Arbués quiere obligar a don César a irse).

Don César

Déjame la huella

besar de sus castos pies.

Arbués

¡Capitán!

ESCENA X

DOÑA AURORA, DON CÉSAR y ARBUÉS

Doña Aurora

(Saliendo).

Oyendo estoy

a Arbués hablar ha una hora.

¿Es mi padre?

Don César

No, señora.

Doña Aurora

¡El capitán!

Don César

Sí, yo soy.

Arbués

Ver al señor pretendía.

Le dije que ausente estaba;

insistía él, porfiaba

yo, y por eso se oía

hablar aquí, doña Aurora.

Doña Aurora

Anduviste descortés

con el capitán, Arbués.

Arbués

Vuestro padre...

Doña Aurora

Sin demora

me debiste de avisar

de su llegada, y al punto

saliera yo.

Don César

Sea asunto

concluido: él atajar

debió mi prudente paso.

Doña Aurora

Si vos salís en su abono

yo su falta le perdono.

(A Arbués, que se va).

Sal.

ESCENA XI

DON CÉSAR y DOÑA AURORA

Doña Aurora

¿Puedo saber acaso

la causa que aquí os obliga
a presentaros ahora?

Don César

Es un secreto, señora;

perdonad que no os lo diga.

Confiarlo solo debo
a vuestro padre.

Doña Aurora

(Retirándose).

En tal caso...

Don César

(Deteniéndola).

Aguardad.

Doña Aurora

Decid.

Don César

Acaso

vais a enojaros.

Doña Aurora

Me atrevo

a esperar de vuestro honor,
que no me osará decir
nada que no pueda oír
sin peligro o sin rubor.

Don César

Nada, señora, iyo os juro
por la honra en que nací,
que nada oiréis de mí
que no sea noble y puro!

Doña Aurora

Hablad, pues.

Don César

Que fui, sospecho,
torpe por demás, señora,
si no habéis visto hasta ahora
el arcano de mi pecho.

Doña Aurora

¿Cómo queréis que comprenda
secretos que en él guardáis,
si no me los reveláis?

Don César

Si en los ojos una venda
de indiferencia y rigor
no os hubiérais puesto, Aurora,
me ahorrarais hacer ahora
la relación del amor.

Doña Aurora

¿Conque amáis?

Don César

Con frenesí.

Doña Aurora

¿Pues y a quién?

Don César

A un ángel.

Doña Aurora

¡Oh!

¿Y os paga?

Don César

Creo que no.

Doña Aurora

¿Lo sabe?

Don César

Creo que sí.

Doña Aurora

¿Se lo habéis dicho?

Don César

Jamás.

Doña Aurora

¿Por qué?

Don César

Porque es mi pasión,

más que amor, veneración;
idolatría quizás.

Es un amor que no tiene
en su vil naturaleza
un átomo de impureza;
amor que del cielo viene.

Es un innato cariño
tan casto como profundo,
tan puro como el armiño,
tan inmenso como el mundo.

Sin otro bien, ni otro dueño,
ni más afán, ni más guía
en la tierra, noche y día
con él vivo, con él sueño.

Un amor sublime, santo;
mas tan tirano, tan fiero,
que sus fuerzas considero
a mis solas con espanto;
porque no hay ley, no hay deber

que pueda mi corazón
al poder de mi pasión
con ventajas oponer.
Si la que amo me dijera:
«Sé traidor, véndete esclavo»,
mi fe llevando hasta el cabo
me infamara y me vendiera.
Doña Aurora

¡Jesús, qué amor tan horrendo!
¿Dónde adquirido lo habéis?
Don César

¿Os reís?
Doña Aurora

¿Pues qué queréis
si os estáis contradiciendo?
Don César

¿Dó está la contradicción?
Doña Aurora

¡Pues ahí es nada! ¿Un cariño
tan puro como el armiño,
una sagrada pasión,
de cuyo infernal poder
creéis que os llegue a obligar
vuestro rey abandonar,
la libertad a vender?
Don César

Sin vacilar un momento.

Doña Aurora

¿Porque una mujer os ame
consentís en ser infame,
traidor y esclavo?

Don César

Consiento.

Doña Aurora

Haceos un poco atrás.

Don César

¿Por qué?

Doña Aurora

Esa pasión que tanto
ponderáis, más que amor santo,
es amor de Satanás.

Don César

¡Infeliz del corazón
que tal amor no comprende!

Doña Aurora

Más lo es en el que se enciende
la llama de tal pasión.

Don César

¡No os mofarais de ella así
si la comprendierais, no!

Doña Aurora

¿Y quién os dice que yo
no guardo ese amor en mí?

Don César

(Sorprendido).

¡Vos!

Doña Aurora

Don César, solo Dios

amor tan ciego merece.

Don César

Amor es Dios, y enloquece.

Doña Aurora

Y loco estáis.

Don César

(Se arrodilla).

¡Ah! Por vos.

Doña Aurora

¡Insensato!

Don César

Por vos, sí;

yo os amo, Aurora, os adoro.

Doña Aurora

¿Pues creéis que yo lo ignoro?

Don César

¡Cielos!

(Álzase del suelo, acercándose a Aurora).

Doña Aurora

(*Apartándose*).

No lleguéis a mí.

Don César

¿Me rechazáis?

Doña Aurora

¡A fe mía!

Yo acepto vuestro respeto,
mas no quiero ser objeto
de una torpe idolatría.

No soy más que una mujer,
y del Criador hechura;
solo como criatura
estimada quiero ser.

Don César

Esas palabras, Aurora,
que una esperanza me dan...

Doña Aurora

Si tal creéis, capitán,
olvidadlas desde ahora.

Don César

Me confundís, y no sé
unir con vuestra bondad
vuestro rigor.

Doña Aurora

En verdad

que yo tampoco sabré
tal arcano descifraros.
Lo que sí os sabré decir
es que no puedo admitir
vuestro amor; mas sin reparos
mi amistad toda os ofrezco,
Creedme: Dios me es testigo
de que os quiero por amigo,
mas por galán, no os merezco.

Don César

¡Cómo!

Doña Aurora

Os lo diré mejor,
y no me guardéis encono:
vuestra amistad ambiciono,
vuestra pasión me da horror.

Don César

Me asombráis.

Doña Aurora

Es un arcano
que penetrar no podemos;
galán, jamás nos veremos;
amigo, aquí está mi mano.
(Doña Aurora le tiende la mano).

Don César

¡Ah! Os entiendo. Compasión
os causó mi amor, y ahora
burlaos os plugo, Aurora,
con mi pobre corazón.

Mas esta mano que estrecho
sobre él, y que llevo al labio...

(Va a besar la mano; doña Aurora se lo impide).

Doña Aurora

La boca le hará un agravio;
no la levantéis del pecho.

Don César

Ese tono...

Doña Aurora

Es harto serio.

Don César

No os comprendo. Si es capricho
de vuestro humor...

Doña Aurora

Ya os lo he dicho,
capitán: es un misterio
que yo no entiendo tampoco.

Don César

Pues yo lo penetraré.

Doña Aurora

¿Cómo?

Don César

A vuestro padre haré
que me lo explique.

Doña Aurora

Estáis loco.

Don César

En eso parar espero
con vuestras contradicciones.

Doña Aurora

Pues oídme unas razones
terminantes, caballero.

Don César

Hablad.

Doña Aurora

Me habéis ponderado
vuestra acendrada pasión,
y vais en mi corazón
a saber lo que hay guardado.
Hay un amor casto, ciego,
de mi pecho en la guarida,
tan largo como mi vida,
tan ardiente como el fuego.
Amor de goces tan suaves,
tan exento de dolores,

como el olor de las flores,
como el cantar de las aves.
Este amor es un cariño
tan ajeno de impureza,
como el que a tener empieza
naciendo a su madre el niño.
Hoguera es de inmenso ardor;
mas de su llama tranquila
no se extingue ni vacila
el constante resplandor.
En el duelo, en la ventura,
en la inquietud y en la calma
siempre en el fondo del alma
como una estrella fulgura;
y brilla su claridad
en su centro solitario
cual lámpara en un santuario,
cual faro en la tempestad.
Don César

¿Amáis?

Doña Aurora

Amo a un noble ser
de quien ignoro hasta el nombre;
le amo todo cuanto a un hombre
puede amar una mujer.
Le amo desde que le vi;

le amo con toda mi fe,
y al sepulcro bajaré
con su amor dentro de mí.
Con él sueño, con él vivo;
lo que él desea, apetezco;
lo que aborrece, aborrezco;
y mi corazón cautivo
de su sola voluntad,
a ella no más obedece;
él me dice: «Ama, aborrece»,
y amo y odio sin piedad.
Me dijo: «De ese mancebo
serás amiga.» Y yo os digo
que vos sois mi único amigo,
porque él lo quiere, y yo debo
quererlo; y si él me dijera:
«Véndete, esclava», ¡por Dios
os juro que, como vos
por mí, por él me vendiera!
Ya mi secreto sabéis.
Respetad de él, comedido,
lo que no hayáis comprendido;
y si no os satisfacéis
con las razones que os dan,
haced cuenta, en conclusión,

que nací sin corazón.

Buenas noches, capitán.

Don César

Esperad.

Doña Aurora

Ni un solo instante;

el alma leal que abrigo

franca está para el amigo

y muerta para el amante.

(Vase por la izquierda, cerrando la puerta).

ESCENA XII

Don César

¡Ama a un hombre, cuyo nombre

no conoce! Fascinada

está su alma, enamorada

por él. ¿Y quién es ese hombre?

Un año hace que los sigo

y a nadie he visto jamás

llegar. ¡Un enigma más

de los que llevan consigo!

Con él sueña, con él vive,

lo que él desea apetece;
él manda, y ella obedece
y ser de su ser recibe.
¡Oh! Sí: lo expresaban bien
sus ojos, su voz, su gesto.
Sí, encierra un amor funesto
su corazón. Pero ¿a quién?
¡Ama a un hombre misterioso
de quien hasta el nombre ignora!
¿Ama y no a mí? ¡La traidora!
¡Sandio de mí! Estoy celoso.
Celoso, y tal vez acecha
la muerte aquí a ese Gabriel
de Espinosa. ¡Cielos! ¿Si él?...
¡Él!... ¡Estúpida sospecha!
Su padre... ¿Y si no lo es?
¿Si el misterio y soledad
que guardan de liviandad
fuera un velo infame? Arbués.

ESCENA XIII

DON CÉSAR y ARBUÉS

Arbués

Aquí estoy.

Don César

Pronto, responde:

Aurora a otro hombre ama.

¿Quién es? Di. ¿Cómo se llama?

¿Adónde está ahora? ¿Adónde

le vio? ¿Cuándo?

Arbués

Capitán,

ya os previne que acercaros

a nosotros era echaros

en un abismo de afán;

y ya lo veis; un instante

nada más que habéis hablado

con ella, os ha trastornado

corazón, juicio y semblante.

Don César

La amo, Arbués, y estoy celoso.

Dime por tu vida, Arbués.

¿Sabes bien si Gabriel es

su padre?

Arbués

¡Pues es chistoso!

Don César

¡Ay! de la duda la hiel
me emponzoña el corazón.

Arbués

Pues no perdáis la ocasión
de consultarla con él.

Don César

¿Llega?

Arbués

Le siento venir.

Don César

¿Cómo?

Arbués

Acostumbra a silbar
recio.

Don César

¿Y silbó?

(Llaman: aldabonada).

Arbués

De llamar
acaban.

Don César

Ve, pues, a abrir.

(Vase Arbués por el fondo llevando la llave).

Es forzoso: le hablaré;
la vida en ello le va.

Si se obstina..., mas no a fe,
primero le salvaré
y Dios amanecerá.

ESCENA XIV

DON CÉSAR, ARBUÉS y GABRIEL embozado

Gabriel

¡Hola, señor capitán!

Don César

Os aguardaba.

Gabriel

¿Qué hay, pues?

Don César

Solos.

Gabriel

Déjanos, Arbués.

ESCENA XV

DON CÉSAR y GABRIEL

Gabriel

Podéis hablar.

Don César

Tal vez van

mis palabras a causaros
extrañeza.

Gabriel

No lo espero.

Don César

Muy claro con vos ser quiero.

Gabriel

Pues no os andéis con reparos.

Con cuanta más claridad
habléis, vos, a mi entender
os debo yo comprender
con mayor facilidad.

Don César

Yo soy...

Gabriel

(Interrumpiéndole).

Os conozco bien:
adelante.

Don César

En Madrigal

me acantoné de orden real...

Gabriel

Para guardarme; también

lo sé: adelante.

Don César

Hoy en pos

de vuestros pasos...

Gabriel

Venís

por lo mismo; me decís

cosas que sé como vos.

Don César

Pues bien: lo que según creo

ignoráis vos todavía,

os diré.

Gabriel

¡Por vida mía,

capitán, que yo deseo

que algo nuevo me digáis!

Don César

Pues oíd.

Gabriel

Estoy atento.

Don César

La casa en este momento

está cercada, y estáis

preso en ella.
Gabriel

Ya lo sé.

Don César

¿Conque sabiéndolo ya
entrasteis?

Gabriel

Pues claro está.

Don César

¿Por voluntad?

Gabriel

Ya se ve.

Don César

¿Luego confiáis?...

Gabriel

En Dios

primero, y después en mí.

Don César

¿Sabéis que os acusan?

Gabriel

Sí.

Don César

¿De un delito?...

Gabriel

(Interrumpiéndole).

No, de dos.

Don César

¿Sabéis cuáles?

Gabriel

Sí por cierto.

Don César

Pues a lo que se murmura,
cualquiera de ellos...

Gabriel

Segura

trae mi sentencia: soy muerto.

Don César

¿Con ella os chanceáis?

Gabriel

Sí tal.

Don César

¿Podréis probar?...

Gabriel

Una cosa.

Don César

¿Que sois?...

Gabriel

(Interrumpiéndole).

Gabriel Espinosa,
pastelero en Madrigal.

Don César

Podrán dudarle tal vez.

Gabriel

¿Por qué?

Don César

Porque lo desmiente

vuestro gentil continente,
y es muy receloso el juez.

Gabriel

Dios me hizo así, y en mi mano

no está cambiar de figura.

Don César

Diz que andáis con mucha holgura

para ser solo un villano.

Gabriel

Soy rico.

Don César

Querrán papeles

que os acrediten de tal.

Gabriel

Resmas tengo en Madrigal

de los de envolver pasteles.

Don César

¿Hay algunos con pinturas?

Gabriel

Mil.

Don César

¿Son estampas de santos?

Gabriel

Hay de todo.

Don César

¿Y entre tantos,
hay conocidas figuras?

Gabriel

¿Echáis menos, capitán,
alguna?

Don César

No; mas ha un rato
que el juez buscaba un retrato
fiel del rey don Sebastián.

Gabriel

Siento no tener ninguno.

Don César

Pues creo que el juez pretende
deteneros, porque entiende
que lleváis sobre vos uno.

Gabriel

¿Qué habría en que le llevara,
para que en mí se encarnicen
los golillas?

Don César

(Mirándole atentamente).

Es que dicen
que le lleváis en la cara.

Gabriel

Ni es tan deforme la mía,
ni osara yo andar por cierto
con la cara que un rey muerto
usaba cuando vivía.

Don César

Pues la justicia cree ver
en vos semejanza tal
con él, que de vos muy mal
sospecha.

Gabriel

¡Cómo ha de ser!

(Un momento de pausa).

Don César

Yo os cobré afecto: fiad
vuestro secreto de mí,
y al depositarlo aquí
lo echáis en la eternidad.

Gabriel

Mozo, si tuviera un día
que fiar algo a algún hombre,
creed, os juro a mi nombre,

que de vos lo fiaría.
Don César

Fiadme ese nombre, pues.

Gabriel

Gabriel: lo acabáis de oír.

Don César

¡Os obstináis en morir!

Gabriel

Ley de los que nacen es.

Don César

¡No me entendéis!

Gabriel

¡Vive Dios!

Ni vos me entendéis tampoco
a mí.

Don César

Pareceisme loco.

Gabriel

Y a mí mentecato vos.

Porque a la verdad, mancebo,
grima me da contemplaros,
así el seso devanaros
por decirme algo de nuevo.
Tras de tanto ir y venir,
¿no habéis echado de ver
que yo no quiero entender

lo que me queréis decir?
¿Os figuráis que viví
entre el pueblo catorce años,
sin percibir los extraños
cuentos que corren de mí?
¿Pensáis que es esta la vez
primera que en mí repara
el vulgo, y que cara a cara
me veo yo con un juez?
Venid acá, pobre niño.
¿Pensáis que no conocí
que en vos germinó hacia mí
un simpático cariño?
Yo como en un libro leo
claro en vuestro corazón,
y bien de vuestra afición
la causa escondida veo.
Sé que a mí os atrae un nudo
cuyo mágico poder,
os hace ante mí poner
vuestro pecho por escudo.
Pero su atracción oculta
resistid; porque os advierto
que ese nudo con un muerto
os estrecha y os sepulta.

Resistid; porque un ser soy
que infesto el lugar que habito,
que cuanto toco marchito
y asolo por donde voy.
Don César

¿Qué me importa? El horror mismo
del misterio que hay en vos
de sí me arrebató en pos,
y ciego voy a su abismo.
Gabriel

¡Mancebo!
Don César

Con vos iré
por doquiera que vayáis.
Oídme, y cuando sepáis
mi secreto...
Gabriel

Ya lo sé.
Don César

¿Qué sabéis?
Gabriel

Cuanto ha pasado
por vuestro pecho hasta ahora.
No ignoro nada: de Aurora
sé que estáis enamorado.
Sé que por ella me habláis,

y que tras ella venís,
y que por ella vivís,
y que con ella soñáis.
¿Creéis que en vuestro semblante
no he conocido al entrar
que la acababais de hablar?
Y en vuestro mustio talante,
¿creéis que no entiendo acaso
que el amor de vuestro pecho
al declararla, no ha hecho
de vuestras palabras caso?
Don César

¡Caballero!

Gabriel

¡Qué demonio!

De todo estoy enterado,
hasta de que habéis pensado
pedírmela en matrimonio.

Don César

Sí, que mi amor...

Gabriel

(Interrumpiéndole).

Sé que es grande,
profundo, honesto y leal:
pero es un amor fatal,
imposible.

Don César

Que os demande

por qué dejad.

Gabriel

Lo primero,

porque si mal no me fundo,

no os quiere ella: lo segundo,

porque yo tampoco quiero.

Don César

¡Me escarnecéis!

Gabriel

¡No, por Dios!

¿Y a qué viene el enojaros?

¿No queréis que hablemos claro?

Pues claro os hablo yo a vos.

Don César

¡Ea, pues! Claros hablemos,

y sepamos de una vez

a qué atenernos.

Gabriel

¡Pardiez!

No alcéis la voz, que podemos

a las gentes de la casa

despertar, y creer pueden

cosas que aquí no suceden,

capitán.
Don César

Lo que aquí pasa

es que quiero penetrar
el misterio que os rodea
y que es fuerza que así sea;
porque no he de tolerar
en calma, como un villano,
que tan sin razón los dos,
despreciéis mi amistad vos
y vuestra hija mi mano.

Confieso que el alma mía
del punto en que os llegó a ver,
por vos comenzó a tener
misteriosa simpatía.

Confieso, sí, que amo a Aurora
con amor tan delirante
que no hay acción que me espante
por ella; mas me devora
a par con el del amor,
el fuego de un justo enojo,
y no quiero a vuestro antojo
ceder sin razón mejor.

Soy noble, y cuando os ofrezco
mi raza unir con la vuestra,
que me deis más noble muestra

de lo que valéis merezco;
porque si no, con derecho
tendré por cosa segura,
lo que de vos se murmura
y lo que yo me sospecho.
Gabriel

¿Y qué es lo que sospecháis?

Don César

Que sois...

Gabriel

¿Quién?

Don César

Un impostor,

y que desecháis mi amor...

Gabriel

¿Por qué?

Don César

Porque vos la amáis.

Gabriel

¡Desdichado!

Don César

Una de dos:

satisfacedme al momento,

o sepulcro este aposento

es para mí o para vos.

Gabriel

Niño, dándoles gran precio
la mayor satisfacción
que debo a tu protección
y a tu amor, es el desprecio.

Ve, pues, si te satisface
la de que no los admito,
porque el amor no me place,
y el favor no necesito.

Don César

¿Eso a mí?

Gabriel

Y antes que te abra
sepulcro, entiende que puedo
abismarte con un dedo
como con una palabra.

Don César

Decídmela.

Gabriel

No la esperes.

Don César

Pues bien, quiero en mi despecho
ser o muerto o satisfecho.

(Don César desenvaina su espada, yendo contra Gabriel. Este desenvaina la suya, poniéndose en guardia, en cuyo punto aparece Aurora).

Gabriel

Sea, pues que tú lo quieras.

ESCENA XVI

GABRIEL, DON CÉSAR y DOÑA AURORA; después DON RODRIGO

Doña Aurora

¡Teneos!

Don César

Todo es en balde.

(La puerta del fondo se abre de repente y sale don Rodrigo, detrás del cual se ven cuatro soldados con mosquetes en la parte exterior de la puerta. Gabriel baja su espada, dando un paso atrás con tal rapidez que el juez no pueda tener tiempo de apercibirse de que estaba en guardia).

Don Rodrigo

En nombre del rey.

Gabriel

¿Qué es eso?

Don Rodrigo

Gabriel Espinosa, preso

sed.

Gabriel

Lo estoy, señor alcalde.

Don Rodrigo

¿Cómo?

Gabriel

Ese mozo, sintiendo

que aún en vela andaba yo,

por esa ventana entró,

que me fugara temiendo:

hallándome en pie y armado,

darme a prisión me intimaba,

y mi espada le entregaba

cuando vos habéis entrado.

Don Rodrigo

Vuestras armas y equipaje

quedan embargados.

(A don César).

De él

y ellas te encargo. Gabriel

Espinosa, vuestro viaje

no os es dado continuar

hasta que duda no quede

de quién sois.

Gabriel

Su merced puede

cuando guste comenzar

sus indagaciones.

Don Rodrigo

Luego

interrogar me es preciso
testigos; mas, ya os lo aviso,
preso estáis.

(A don César).

Con él te entrego
aquella mujer.

Gabriel

Señora

se dice, alcalde: esta dama
noble es cual vos, y se llama,
por buen nombre, doña Aurora.

Don Rodrigo

Si es dama y noble, después
lo sabremos.

Gabriel

¡Quiera Dios

que no os pese luego a vos
saberlo!

Don Rodrigo

Excesiva es

vuestra arrogancia.

Gabriel

No tanta

como tener con vos puedo.

Don Rodrigo

Nadie a mí me infunde miedo.

Gabriel

Pues a mí nadie me espanta.

Conque adelante.

Don Rodrigo

Adelante.

Vos a ese cuarto, señora,
y vos dad la espada ahora
al capitán.

Gabriel

Al instante.

(Alargando la espada sin soltarla).

Ahí la tenéis, y os suplico,
joven, que si no os enoja,
me la guardéis, que es la hoja
buena y el puño muy rico.

(Gabriel entrega su espada a don César, quien, al mirarla, exclama asombrado):

Don César

¡Jesús!

Gabriel

Ved con atención

su primor.

Don César

¡Corona real

tiene el pomo!
Gabriel

Y el tazón

las armas de Portugal.

Don Rodrigo

¡Hola! Pondréis a mi alcance
cómo hubisteis esa espada.

Gabriel

Dadlo por cosa alcanzada:

la compré en Cintra de lance.

Don Rodrigo

(Acercándose y viendo la espada que tiene don César).

¡Prenda regia!

Gabriel

¡Por San Juan!

Ya lo creo; como que es
prenda de un rey portugués:
fue del rey don Sebastián.

Don Rodrigo

(A don César, aparte).

(César, guárdale, por Dios;
porque si se huye, perdemos
la cabeza ambos a dos).

Don César

(Ya lo sé.)

(Vase don Rodrigo por la puerta del fondo).

ESCENA XVII

GABRIEL y DON CÉSAR.

(Don César va a acercarse a Gabriel con precipitación, este le contiene con un gesto).

Gabriel

No hagáis extremos,
que os perdéis.

Don César

¿Pero sois vos?...

Gabriel

¿Quién?

Don César

Él.

Gabriel

Porfiado estás.

Don César

Pero...

Gabriel

¿Y si fuese quizás?

Don César

Muriera por vos, señor.

Gabriel

Dormir un poco es mejor.

Dejad a Dios lo demás.

(Vase por la izquierda, dejando a don César estupefacto).

FIN DEL ACTO PRIMERO

NOTA

Las Escenas quinta, sexta, séptima, décima y undécima de este acto segundo no hubieran podido ser terminadas por mí sin el eficaz auxilio de mi amigo don José María Díaz, que me ha ayudado a escribirlas, sacándome generosamente del atolladero en que me tenían metido las dificultades de su desempeño. Las variaciones, inversiones y adiciones que después han sufrido, las han dejado tales, que ni el señor Díaz ni yo seríamos probablemente capaces de distinguir en ellas los versos que a cada cual pertenecen; yo no debo, sin embargo, apropiarme la parte que no me corresponde de estas Escenas; y si por ventura nuestra el público las aplaude, el señor Díaz tiene derecho a sus aplausos; lo que se complace en decir públicamente su mejor amigo,

José Zorrilla



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

DON CÉSAR. Aparece sentado y meditabundo.

Don César

Dijo bien; no pertenece

a la tierra el ser de ese hombre.

¡Me fascina, me enloquece!

¡Que en derredor de su nombre

gira el mundo me parece!

Sí; de cuanto le rodea

es el eje, el punto fijo,

todo lo demás voltea

en torno suyo. Me dijo

que iba a dormir, pero vela;

no he cesado de sentir

sus pasos, por más cautela

que puso al ir y venir

por su aposento. Recela

que le sorprendan; previene

cauto el porvenir, y pienso

que entre su equipaje tiene
objetos que le conviene
no mostrar. ¿Es él? ¡Inmenso
riesgo corre!... ¿Y si no es?
¡Ay de mí! Siempre es de Aurora
padre, hermano..., algo... A través
doy con todo; me devora
la impaciencia... Llamo, pues.

(Llama a la puerta por donde se fue Gabriel en la última Escena del acto primero).

ESCENA II

DON CÉSAR y GABRIEL

Gabriel

¿Qué me queréis?

Don César

Advertiros

de que mi padre el alcalde
vendrá pronto.

Gabriel

Será en balde.

Don César

No lo será el preveniros,
que toda la noche ha estado
declaraciones oyendo
de gentes que ha ido prendiendo.

Gabriel

Pues el tiempo ha malgastado.

Don César

Vuestra situación es grave.

Gabriel

Lo sé.

Don César

Quizás un proceso...

Gabriel

Vuestro padre anda ya en eso.

Don César

¿Culpado saldréis?

Gabriel

¿Quién sabe?

Don César

Mi padre es hombre tenaz.

Gabriel

¡Pues a buena parte viene!

Don César

Es que tal vez os condene.

Gabriel

Cumplo la pena y en paz.

Don César

Mas si antes que vuelva él
hacer prevención alguna
os importa...

Gabriel

¿A mí? Ninguna.

Don César

¡Señor!

Gabriel

Llamadme Gabriel.

Don César

Vos lo dijisteis: secreto

nos liga un nudo a los dos,
y siento a un tiempo por vos
inclinación y respeto.

Quisiera una prueba hallar
irrecusable que daros
de mi fe para obligaros
sin recelo a confiar
en mí.

Gabriel

¡Vaya! ¡Estáis chistoso,

por Dios. En este aposento
queráis hace un momento

atravesarme furioso,
¿y ahora mi confianza
conquistaros pretendéis
con ofertas? Ya sabéis
que la razón se me alcanza
de esa simpatía oculta
que me tenéis; y a respeto
muéveos solo mi secreto,
que vuestra aprensión abulta
tanto que seguís mi viaje
vos, y a atajarle se arroja
el juez, porque se os antoja
que soy un gran personaje.
Don César

Las apariencias están
por ahora en contra vuestra.
Gabriel

Pues la verdad se demuestra
con la verdad, capitán.
Don César

Pues bien; antes que un proceso
entable el juez contra vos,
valiera más, ¡vive Dios!...
Gabriel

¿Que me diera por confeso
yo mismo? ¿Que haciendo justo

del juez el empeño, diera
por supuesto que yo era
no sé quién, y por dar gusto
él al rey, y diversión
al populacho, me ahorcara
y Aurora por vos quedara?
¿Es esa vuestra cuestión?
Don César

No así abuséis imprudente
de ese misterioso influjo
que a respeto me redujo
para con vos, e insolente
mi lealtad y mi amor
ultrajéis. Esta es sincera,
y mi pasión verdadera,
señor.

Gabriel

¡Dale con señor!

Vos sois noble y yo villano,
vos sois gentil caballero
y yo humilde pastelero;
decid Gabriel liso y llano.

Don César

Me vais a desesperar.

Gabriel

Y vos me vais a aburrir.

Don César

¡Vos obstinado en fingir!

Gabriel

¡Vos empeñado en hablar!

Don César

¿Pronto a todo, fascinado
que estoy, por vos no miráis?

Gabriel

¿Y os mando yo que tengáis
de mi porvenir cuidado?

Don César

Una palabra tan solo.

Gabriel

¿Vais a volver a lo mismo?

Don César

De esperanza en este abismo
dadme un rayo.

Gabriel

¿Cuál?

Don César

Sin dolo,
prometedme responder
a una pregunta.

Gabriel

Si puedo,

responderé.
Don César

No hayáis miedo
que os pueda comprometer
la respuesta. ¿Sois de Aurora
padre?

Gabriel

No conoció más
que a mí por padre jamás.

Don César

¡Oh! ¡No lo sois!

Gabriel

En buen hora
que no lo soy os diré;
mas de este arcano la llave
tengo solo.

Don César

¿Ella no sabe?...

Gabriel

Nunca se lo revelé.

Don César

¿Y la amáis?

Gabriel

Mucho; quizás
mucho más de lo que debo.

Don César

¿Conque la guardáis?...

Gabriel

¡Mancebo!

Don César

Sí, para vuestra...

Gabriel

Jamás.

Pero tened desde aquí
y para siempre entendido,
que es mujer que no ha nacido
para vos ni para mí.

Don César

¡Cielos!

Gabriel

De toda esperanza
despedíos.

Don César

¿Ofrecida

está a Dios?

Gabriel

No. Está elegida
para prenda de venganza.

Don César

¿Vuestra?

Gabriel

Yo no voy en pos
de venganzas.

Don César

¿Es quizás
de su familia?

Gabriel

De más
arriba.

Don César

¡Del rey!

Gabriel

De Dios.

Don César

(¡Imposible atar un cabo!
¡Su ser parece que abarca
con la altivez del monarca
la abnegación del esclavo!).

ESCENA III

DON CÉSAR, GABRIEL y un ALGUACIL

Alguacil

Su señoría el alcalde

don Rodrigo.
Don César

En el momento

volved a vuestro aposento.

Gabriel

La entrevista será en balde.

ESCENA IV

DON CÉSAR y DON RODRIGO

Don Rodrigo

¿Seguros ambos?

Don César

Seguros,

señor.

Don Rodrigo

Todo lo recelo

de él, que es audaz.

Don César

Sin embargo,

no temáis ningún extremo.

Don Rodrigo

¿Le has hablado?

Don César

Sí, un instante.

Don Rodrigo

¿Y qué dice? ¿Muestra miedo
de la justicia?

Don César

Ninguno.

Don Rodrigo

¿Bravea, eh?

Don César

Nada de eso;
tranquilo está, tal vez tiene
de justificarse medios.

Don Rodrigo

Imposible: en contra suya
tengo datos manifiestos.

Don César

¿Sabéis ya?...

Don Rodrigo

Nada. Hilo a hilo
voy la madeja cogiendo.
Parece que hay en la vida
de ese hombre tales enredos
que, solo a fuerza de maña
y paciencia, deshacerlos

es posible. Mas no es
lo que me trae más inquieto
lo intrincado del negocio,
que el laberinto estoy hecho
a recorrer de las leyes.
Acósame el alma empero
una agitación, que no
sé distinguir con acierto,
si es afán o repugnancia,
si es duda o presentimiento.
Hay un punto de la historia
de ese hombre, cuyo misterio
del tiempo de mi mayor
pesar me trae un recuerdo.
Don César

¿De cuándo?

Don Rodrigo

Tú no lo sabes;

eras aún pequeñuelo.
Luego, estas causas políticas
de Portugal me trajeron
siempre desgracias. Parece
que el destino, con empeño
fatal para mí, me pone
portugueses siempre en medio
de mi camino. Seis años

anduve por aquel reino,
en comisión especial,
los rebeldes persiguiendo,
y como todos conspiran
contra el rey y su gobierno,
yo soy allí detestado.
Don César

¿Fuisteis quizá muy severo?

Don Rodrigo

Fui de Felipe segundo

leal servidor. Tan terco
como ellos en resistirse,
fui yo en desplomar sobre ellos
todo el rigor de las leyes,
y a fe que no me arrepiento.

Rebeldes eran: cumplí
con mi obligación; mas tengo
todavía que volverles
cierta partida, y si puedo,
quedarán tan bien pagados
como yo bien satisfecho.

Mas las horas vuelan, César,
déjame aquí con el preso.

Guarda esa puerta por fuera,
y si llamo, acude presto.

ESCENA V

DON RODRIGO DE SANTILLANA

Don Rodrigo

Las diligencias primeras

terminaron, y el proceso
está entablado. ¡Malditos
portugueses!... ¡Qué de enredos!

Dieciséis, y gente toda
de probidad, de respeto
y hasta de ciencia, declaran
que en el fondo de su pecho
existe la convicción
de que el trágico suceso
es falso, y que están seguros
de que en África no ha muerto.

Unos en Cintra le han visto,
y en Cintra fue donde él mismo
dijo que compró su espada.

Otros cruzando le vieron
el Tajo una tarde: el fraile
dice que en su monasterio
le rezó él mismo una misa
antes del alba, y a esto

para obligarle, del Papa
le mostró bula, y que cierto
está de que él era: y todos
afirman con juramento
que fueron a Madrigal
y que le reconocieron.
Ahora bien, señor alcalde,
pise su merced con tiento,
que es la tierra escurridiza.
O es él, o no: en los decretos
de Dios todo cabe, y todo
cabe en los humanos yerros.
Si en verdad es él, alcalde,
no será en verdad muy cuerdo
ahorcarle sin dar al rey
de todo aviso primero.
Si es un impostor..., también
le avisaré, y a lo menos
si se yerra, entre los dos
el error compartiremos.

ESCENA VI

DON RODRIGO y GABRIEL

Don Rodrigo

¡Hidalgo!

Gabriel

Más alto pico.

Don Rodrigo

¿Caballero?

Gabriel

Todavía

más alto.

Don Rodrigo

Su señoría

me excuse si no le aplico
su título verdadero:
mas hablemos un instante,
y de hoy para en adelante
no erraré en él: porque espero
que aquí, y a solas los dos,
me diréis la jerarquía
que ocupáis.

Gabriel

Su señoría

espera bien, pues por Dios,
que sabiendo yo quién es,
debo de hablar sin reparo.
Don Rodrigo

Eso quiero, que habléis claro.

Gabriel

Ya veréis.

Don Rodrigo

Decidme, pues,
señor Gabriel.

(Don Rodrigo va a sentarse a la mesa).

Gabriel

Un momento

señor don Rodrigo.

Don Rodrigo

¿Qué?

Gabriel

¿Vais a sentaros?

Don Rodrigo

(Se sienta).

Sí a fe.

(Gabriel trae con mucha calma una silla, y la coloca frente a la mesa de don Rodrigo).

¿Qué hacéis?

Gabriel

Lo mismo; me siento.

Don Rodrigo

Yo soy alcalde de corte.

Gabriel

Sí; mas no sabéis quién soy
yo, y si mal o bien estoy
sentado ante vos.

Don Rodrigo

¿Del porte

audaz que usáis conmigo,
buenas razones supongo
que me daréis?

Gabriel

Me propongo

hacerlo así.

Don Rodrigo

Pues prosigo.

Gabriel

Seguid.

Don Rodrigo

La duda primera

que al escucharos me asalta
es la de que nombre os falta
digno de vuestra alta esfera.

Gabriel

Lo tengo.

Don Rodrigo

Pues no lo sé.

Gabriel

Gabriel Espinosa.

Don Rodrigo

¿Un tal

pastelero en Madrigal?

Gabriel

Sí.

Don Rodrigo

Pues poneos en pie,

señor pastelero.

(Gabriel se levanta).

Así:

ante el juez solo se sienta

quien altos títulos cuenta.

Gabriel

Como me sucede a mí.

(Se vuelve a sentar).

Don Rodrigo

(Aparte).

(Ir le tengo de dejar

por donde quiera, y a ver).

Gabriel

(Aparte).

(Pienso que mi proceder
le empieza a desconcertar).
Don Rodrigo

¿Pues cómo oficio tan bajo
siendo tan alto elegís?
Gabriel

Por vivir, cual vos vivís
de la ley, de mi trabajo.
Don Rodrigo

Mas mi toga y aranceles
no deshonran.
Gabriel

No a fe mía;
pero yo hacer no sabía
otra cosa que pasteles.
Don Rodrigo

(No es lerdo el señor Gabriel).
Gabriel

(Astuto es el don Rodrigo).
Don Rodrigo

(Por aquí nada consigo,
pero yo daré con él
en tierra al fin). ¡Caballero!
Gabriel

Mandad.
Don Rodrigo

Una relación

que os llamará la atención
contaros quisiera.

Gabriel

Espero

que será por lo galana,
lo discreta y lo curiosa,
la invención más ingeniosa
del señor de Santillana.

Don Rodrigo

Pues oíd. Buen capitán,
más que rey, de fe tesoro,
allá en las playas del moro
murió el rey don Sebastián.
¿Supongo que de una historia
tan pública oísteis algo?

Gabriel

¡Si viérais qué poco valgo
en esto de la memoria!

Don Rodrigo

En vuestro horno no me extraña
que estéis de noticias falto.

Gabriel

Sé que a su muerte, de un salto
pasó Portugal a España.

Don Rodrigo

Justo: más hoy los noveles
vasallos, por sacudir
sus leyes, dan en decir
a los pueblos a ellas fieles
que ha sido una usurpación,
y pregonan de concierto
del rey en África muerto
la fausta resurrección.

Gabriel

¡Oiga! No está mal pensado.

Don Rodrigo

No, mas la dificultad
era el dar en realidad
con el rey resucitado.
Buscósele con esmero,
y hallose por toda cosa
un tal Gabriel Espinosa,
en Madrigal pastelero.

Gabriel

Vamos, ya caigo; el error
de esta semejanza mía
hizo a vuestra señoría
creer que soy...

Don Rodrigo

(Interrumpiéndole).

Un impostor.

Gabriel

¿Quién lo dice?

Don Rodrigo

Yo lo digo,

y el rey Felipe y el mundo
entero.

Gabriel

Pues miente el mundo

y el rey, y vos, don Rodrigo.

Don Rodrigo

Inútil es vuestra audacia:

testigos tengo allá fuera
que os acusan por doquiera
por impostor.

Gabriel

¡Vaya en gracia!

Mas permitid que os arguya:
para llamarme impostor,
esa impostura, señor,
ha de ser mía y no suya.
¿Y dónde hay hombre capaz
de jurar que he dicho yo
que era el rey?

Don Rodrigo

Vos mismo, no.

Gabriel

Entonces dejadme en paz.

Si yo me parezco a un rey,
y el vulgo por rey me tiene,
citar al vulgo os conviene,
pero no a mí, ante la ley.

Don Rodrigo

¡Espinosa!

Gabriel

Don Rodrigo,

aunque en leyes sois muy ducho,
os falta que aprender mucho
para habéros las conmigo.
¿Cree, buen juez, vuestra altiveza,
que a ser yo el que habéis pensado
estaríais vos sentado
y cubierta la cabeza?

(Don Rodrigo se levanta y se descubre conforme va hablando Gabriel).

Rodrigo de Santillana,
a ser yo el que habéis creído,
hubiérais vos ya salido,
¡vive Dios!, por la ventana.

Don Rodrigo

(Por quien soy, que me ha turbado.

¿Si contarán con razón
lo de la resurrección?).

Gabriel

(¡Pobre juez!).

Don Rodrigo

(No habría osado

palabras tan arrogantes
decir.) Señor... Si en mal hora...

Gabriel

Ni tan bajo como ahora,

ni tan alto como antes.

Don Rodrigo

(Tanta majestad me asombra).

Gabriel, quienquier que seáis,
manda en mí el rey que digáis
quién sois, en fin.

Gabriel

Una sombra;

y porque acabemos, voy,
y afanes para excusaros,
señor Santillana, a daros
cuenta exacta de quién soy.

Nací donde quiso Dios;

si de noble raza, bien

se demuestra en mí; de quién
me importa callar, y a vos
saber de mí no os importa;
prestadme, empero, atención,
pues va a ser mi relación,
cuanto complicada, corta.
Apenas cumplí la edad
que se llama juventud,
con loca solicitud,
con ciega temeridad,
abandoné mis hogares,
y en más remoto hemisferio,
dueño del mayor imperio,
pirata fui de los mares.
En ellos, profundo osario
de cien bajeles, guerrero
alcé mi estandarte fiero
de Asia y Europa corsario,
y amontoné más tesoros
que guarda el mar en su centro
y arenas quemadas dentro
de sus desiertos los moros.
Ebrio con tanta riqueza,
dejé mi gente y la mar,
queriendo en tierra ostentar

mi valor y mi grandeza,
y con el nombre supuesto
de marqués de Mari-Alba,
al lado del duque de Alba
gané en sus glorias un puesto
y en la cabeza esta herida

(La muestra);

bien es que al que me la abrió,
con mi espada le abrí yo
las puertas de la otra vida.
Don Rodrigo

No os daría poca pena
después.

Gabriel

¡Fue un fatal desliz!...

Don Rodrigo

(Mirándole a la frente).

No es mala la cicatriz.

Gabriel

La cuchillada fue buena.

No me tendió, sin embargo;
el furor me mantenía,
y combatí todavía
hasta caer, tiempo largo.
Mas, harto al fin del oficio
de lidiar en tierra firme,

licencia para salirme
por entonces del servicio
al duque de Alba pedí;
diómela el duque cortés,
y vedla.

(Le da un papel).

Don Rodrigo

Su firma es:

para el marqués...

Gabriel

Para mí.

Di, pues, vuelta hacia la corte,
sirviéndome mucho en ella,
primero mi buena estrella,
después mi lujoso porte.

Por ese tiempo, de vos
nadie hablaba todavía,
y a mí el rey me recibía
con grande amistad.

Don Rodrigo

(¡Gran Dios,

entonces fue cuando vino
el monarca portugués
a Castilla! ¿Será, pues,
este hombre?). ¿Quién previno
más festejos a usarced?

Gabriel

No hay por qué ocultarlo al fin;
el conde de Medellín
con tantos me hizo merced
que corresponder no supe,
como era mi obligación.

Don Rodrigo

¿Y os tuvo tal atención
en Madrid?

Gabriel

No, en Guadalupe.

Don Rodrigo

¿En ese pueblo?

Gabriel

Sí tal.

Don Rodrigo

No recuerdo que de allí...

Gabriel

Al rey de España en él vi
junto al rey de Portugal.
Después..., abrid, Santillana,
un paréntesis aquí,
y poned en él de mí
cuanto mal os diere gana.
Básteos saber, don Rodrigo,

que perdí mi oro y mi gloria
sin que una buena memoria
me quedara, ni un amigo.
Por tierra extranjera anduve
errante, como un bandido,
y el pan que en ella he comido
que mendigármelo tuve.
Mas el desengaño, al fin,
¿qué ánimo feroz no doma?
Llegué arrepentido a Roma
remando en un bergartín.
Visité a Su Santidad;
confesión le hice de todo,
y el Santo Padre halló modo
de absolverme en su piedad,
dándome por penitencia
de los pecados sin cuento
que abrasan mi pensamiento
y me abruman la conciencia,
que emprendiera el viaje entero
del Santo Sepulcro a pie.
Don Rodrigo

¿Y lo hicisteis?

Gabriel

Por la fe

lo juro de caballero.

Y aun fue más: Su Santidad
me ordenó que renunciara
mi jerarquía y que echara
mi nombre en la eternidad.
He aquí por qué no os lo digo.
Penitente le arrojé
dentro de ella, y le olvidé
para siempre, don Rodrigo.
Don Rodrigo

¡Interesante proemio!

Y a ser tan cierto...

Gabriel

Lo es tanto,
que tengo del Padre Santo
por testimonio y por premio
esta bula. Me conviene
que la leáis.
(Le da otro papel).

Don Rodrigo

Os la tomo.

No está vuestro nombre.

Gabriel

¿Y cómo,
si a quien se dio no lo tiene?

Don Rodrigo

Proseguid.

Gabriel

Mi protector,

el Papa, en sus santos juicios,
utilizar mis servicios
imaginó, y fiador
constituyéndose mío,
me envió a un poderoso Estado,
que al verme tan bien fiado
fió un bajel a mi brío.

Venecia fue nuevamente
del corsario protectora;
ved de tan noble señora,
don Rodrigo, la patente.

(Le da otro papel).

Volví al mar; del africano
las costas guardando anduve,
y en un combate que tuve
los dos dedos de esta mano
perdí; mas su nave, hundida,
cogí a mi enemigo preso.

La mano llevo por eso
siempre en el guante metida.

El rumbo a Venecia di
contento, cuando topé
con un barco de no sé

qué argelino, resolví
abordarle, y por despojo
de esta sangrienta jornada,
rescaté una desgraciada
niña, a quien con noble arrojo
defendía un pobre anciano,
y a quien, según esperaba,
iba a vender por esclava
el argelino inhumano.
Don Rodrigo

¿Y esa niña es doña Aurora?

Gabriel

Que pasa por hija mía.

Don Rodrigo

¿Familia, pues, no tenía?

Gabriel

Y tiene.

Don Rodrigo

¿Por qué hasta ahora
no se la habéis vos devuelto?

Gabriel

Necesito presentar
documentos que probar
puedan que es ella, y resuelto
estoy conmigo a guardarla
mientras tanto.

Don Rodrigo

¿Y dónde están

los documentos?

Gabriel

Vendrán

muy pronto; porque entregarla

mucho a su padre me importa.

Don Rodrigo

Pensáis que él os dé...

Gabriel

Al contrario:

las riquezas del corsario

son para ella.

Don Rodrigo

Porción corta

no será.

Gabriel

¡No habrá, a fe mía,

quien competirla pretenda!

Millones tiene en hacienda,

millones en pedrería.

Don Rodrigo

¿Dónde?

Gabriel

En Venecia.

Don Rodrigo

¿Estarán

en el poder?...

Gabriel

Del Estado;

es ahijada del Senado

serenísimo, y tendrán

que devolvérsela salva

sus parientes a Venecia,

rica y libre, cual la precia

el marqués de Mari-Alba.

Ya nuestra historia sabéis.

A qué vine a Madrigal

y a qué voy a Portugal,

indagadlo si podéis.

Ni sabréis de mí otra cosa,

ni nadie más de mí sabe.

Solo Dios tiene la llave

del corazón de Espinosa;

y si más de lo que digo

saber importa a la ley,

llevadme a Madrid, el rey

me conoce, don Rodrigo.

Don Rodrigo

(Su altivez en confusión

me pone, y su majestad
me asombra. ¿Será verdad
lo de la resurrección?

Si miente, lo hace con tal
aplomo y con tanta fe,
que a poco más le daré
por el rey de Portugal.

Mas no ha de quedar por mí.
Yo he de apurar este arcano;
no dirán que de un villano
impostor juguete fui).

*(Llama don Rodrigo y habla en secreto con un alguacil,
que se vuelve a marchar).*

Gabriel

(¿Secretos con el ministro
de justicia? Estoy al cabo:
tenemos careo; alabo
por sorprendente el registro).

ESCENA VII

DON RODRIGO, GABRIEL y el MARQUÉS DE TAVIRA.

*(Gabriel se aparta a un lado, y, sentándose, se mantiene en toda
esta Escena dando la espalda al marqués).*

Don Rodrigo

Señor marqués, perdonad
si cumpliendo obligaciones
de juez...

Marqués

Vuestras atenciones

os agradezco, en verdad;
pero advertid que mañana
quiero dejar a Castilla,
y que el mesón de una villa
no es el lugar, Santillana,
que me conviene; os prevengo
que hombre soy muy principal
y de todo Portugal
la sangre más limpia tengo.

Gabriel

(Aparte).

(Si mi mente no delira,
por Dios, que está en mi presencia
la hinchada magnificencia
del buen marqués de Tavira.)

Don Rodrigo

No os he de faltar en nada;
mas quiero que me digáis
sin doblez cuanto sepáis

de aquella fatal jornada
de África; corre el rumor
por ahí de que no es cierto
que don Sebastián ha muerto;
y aun hay algún impostor
que usurpa su augusto nombre.
Gabriel

(Mirándole).

(Y el gesto y el ademán.
¡Pobre rey don Sebastián
si en manos cae de ese hombre!)

Don Rodrigo

Conque decid, ¿es verdad
que en África el rey murió?
Que allá estuvisteis sé yo
con toda seguridad.
Hablad, marqués de Tavira,
vuestra nobleza es notoria.
No echéis en su ejecutoria
el borrón de una mentira.

Marqués

Inexperto capitán,
de mi edad en el vigor
esclavo fue mi valor
de mi rey don Sebastián.
Juntos un mismo bajel

a tierras del africano
nos llevó; como un hermano
al combate fui con él.
Un mar de sangre corrió.
Pero al partirse la suerte
solo el baldón y la muerte
a nosotros nos tocó.
Gabriel

(No sé por qué la memoria
de este lance me entenece
y me irrita; no parece
sino que cuentan mi historia).
Marqués

El rey, que escudo y celada
tiró para más grandeza
de valor, en la cabeza
recibió una cuchillada
tal, que la frente serena
le rajó hasta la nariz.
Don Rodrigo

(A Gabriel).

¡No es mala esa cicatriz!
Gabriel

La cuchillada fue buena.
Don Rodrigo

(Al marqués).

Seguid.
Marqués

El rey, nuevo Marte
de tan sangrienta jornada,
continuó, rota la espada
defendiendo su estandarte,
hasta que el filo fatal
de un yatagán africano,
segó de su izquierda mano
dos dedos.

Don Rodrigo

(A Gabriel).

Si no oí mal,
me habéis dicho...

Gabriel

(Con calma y sin volverse).

Que perdí
dos dedos en un combate
naval.

Don Rodrigo

Marqués, el remate
de la batalla.

Marqués

Caí

bajo un hachazo a los pies
de mi rey..., y no viví más;

perdí el sentido.
Don Rodrigo

Quizás

al recobrarlo después...

Marqués

Ya no le hallé; con la luna
tomé del mar el camino,
maltratado peregrino,
caballero sin fortuna,
llevando en el corazón
el recuerdo de una hazaña
que será, no para España,
para su rey, un baldón.

Don Rodrigo

¡Señor marqués de Tavira!

Esa frase infamatoria...

Marqués

No tendrá mi ejecutoria
el borrón de una mentira.

Don Rodrigo

Conque, en fin, ¿el rey murió?

Marqués

No lo sé, ¡por vida mía!

Si lo supiera os diría,
señor alcalde, que no.

Don Rodrigo

(Al Marqués, llevándole aparte).

¿Buena memoria tenéis?

Marqués

Buena.

Don Rodrigo

¿Y vista?

Marqués

Perspícaz.

Don Rodrigo

Si vive y le veis, ¿capaz

de conocerle seréis?

Marqués

¡Si vive habéis dicho!

Don Rodrigo

Sí.

Marqués

¿Tenéis, pues, noticias de él?

Don Rodrigo

¿Recibisteis un papel

anónimo?

Marqués

Recibí

uno ayer.

Don Rodrigo

¿Y qué os decía?

Marqués

Las señas de un personaje
me daban, que iba de viaje
y aquí a hospedarse vendría.
Mandábanme a un comerciante
que me daría dinero
para pagar del viajero
el gasto, y que en el instante
fuera a cobrarlo y corriera
con el pago, y tras el tal
viajero hacia Portugal
la vuelta sin falta diera.

Don Rodrigo

¿Y cobrasteis?

Marqués

Sí cobré.

Don Rodrigo

¿Y pagasteis?

Marqués

¿Pues cobrado

por mí, no fuera pagado?

Don Rodrigo

Perdonad; ¿e iréis?

Marqués

Iré.

Don Rodrigo

¿Luego sabéis de quién es
el anónimo?

Marqués

Aunque no

lo sé, jamás me engañó
en uno.

Don Rodrigo

¿Os ha escrito, pues,
otros?

Marqués

Varios.

Don Rodrigo

Sobre asuntos...

Marqués

Secretos.

Don Rodrigo

Mas ¿ciertos?

Marqués

Sí.

Siempre que salieron vi
ciertos en todos sus puntos.

Gabriel

(Aparte).

(¡Con famosos servidores

cuenta el rey don Sebastián!
¡Pobres reyes! ¡Siempre dan
con tontos o con traidores!).
Marqués

Si he concluido, no es cosa
de estarme aquí sin provecho.

Don Rodrigo

Perdonadme que aún insista;
mas ya que memoria y vista
tenéis, de ese hombre en acecho
estad, y del rey en nombre
os mando decir, marqués,
si le conocéis, quién es.

Gabriel

(Aparte).

(Santillana es todo un hombre).

Marqués

(Aparte).

(¿Qué diablos de juego es este?
¡Posición más engorrosa!).

Don Rodrigo

(A Gabriel).

Señor Gabriel Espinosa,
permitid que os manifieste
que habéis descortés andado
con el marqués de Tavira,

que está mirándoos con ira.
Gabriel

¿Se lo habéis vos ordenado?

Don Rodrigo

Ved que son los portugueses
quisquillosos; despedidle
al menos; vamos, decidle
cuatro palabras corteses.

Gabriel

Voy, pues que vos lo queréis.

Don Rodrigo

(Yo apuraré la mentira).

Gabriel

¿Señor marqués de Tavira?

Marqués

¡Jesucristo!

Gabriel

¿Qué tenéis?

Marqués

¡Señor!... ¿Sois vos?... ¿Aún vivís?

Gabriel

¡Si vivo! ¿Pues no lo veis?

¡Pero qué diablos decís!

Marqués

¡Ese gesto, ese ademán,
esa voz, ese semblante

que no olvidé ni un instante!

(Cae de rodillas).

Es el rey don Sebastián.

Gabriel

¡Imbécil! A ser de cierto

don Sebastián, ¿no reparas

que antes que me delataras

a mis pies te hubiera muerto?

Marqués

¡Jesús!

Gabriel

Señor Santillana,

¿que sé, daréis por supuesto,

que sois vos quien me ha dispuesto

una farsa tan villana?

Don Rodrigo

¡Yo! ¡Farsa!... ¿Y con qué interés?

Gabriel

Salta a los ojos: es fuerza

que ya la opinión se tuerza

del buen pueblo portugués.

Interesa a un impostor

ahorcar porque más en él

no espere, y soy yo, Gabriel,

el que os parece mejor.

Ya veis que os he comprendido.

Vos y ese hombre los traidores
sois aquí y los impostores;
con él estáis convenido.
Don Rodrigo

¡Yo!

Gabriel

Traedme otro marqués
como ese; aunque sean doce.
Ni ese sandio me conoce,
ni es noble ni portugués.

*(Gabriel se mete desenfadadamente en su cuarto,
dejando estupefactos al marqués y a don Rodrigo).*

ESCENA VIII

DON RODRIGO y el MARQUÉS DE TAVIRA

Don Rodrigo

Ese hombre me va a volver
el juicio a mí. ¡Por mi vida
que está buena la salida!
No me queda más que ver.
Mas me pone en confusión
su aplomo, su majestad
y su audacia... ¿Habrá verdad

en esta resurrección?

Marqués

Sandio dijo..., sandio soy,
mas contenerme no pude.

Don Rodrigo

¿Es él?

Marqués

No habrá quien lo dude.

Don Rodrigo

¿Estáis seguro?

Marqués

Lo estoy.

Don Rodrigo

¿Engañado no os habrán
vuestro error y su apariencia?

Marqués

No.

Don Rodrigo

¿Juráis en conciencia?

Marqués

Que es el rey don Sebastián.

Don Rodrigo

(*Llamando*).

El capitán Santillana.

ESCENA IX

DON RODRIGO, el MARQUÉS y DON CÉSAR

Don Rodrigo

Ruégoos que me perdonéis,
señor marqués, mas me obliga
mi deber a hacer que el viaje
suspendáis.

Marqués

(Ya no podría
continuarlo: ya le he visto
y a verle nada más iba).

Don Rodrigo

(Aparte a don César).

Escucha, César.

Don César

Decid.

Don Rodrigo

Antes de que apunte el día
deben de partir los presos.

Don César

¿Adónde van?

Don Rodrigo

A Medina

del Campo.
Don César

¿Pues qué razones
hay?

Don Rodrigo

Dos: aquí la atrevida
audacia de algunos pocos
que mucho a Gabriel estiman,
pudiera hacer un arresto
y burlar a la justicia.

Don César

¿Sabéis, pues?...

Don Rodrigo

Yo no sé nada.

La situación se complica
de tal modo, que no hay ciencia
ni sagacidad que sirvan
para dominarla. Doña
Ana de Austria, sobrina
del rey y abadesa ahora
de las monjas agustinas
de Madrigal, y otras muchas
personas como ellas dignas
de respeto, es menester
que declaren. En la villa
de Madrigal peligroso

fuera instalarme; en Medina
hay cárcel segura, estoy
casi a la distancia misma
de aquí que de Madrigal,
y hay algunas compañías
de arcabuceros.
Don César

¿Pues tantas
precauciones son precisas?
Don Rodrigo

Todas son pocas tratándose
de una cabeza proscrita,
que puede hacer la desgracia
de toda una monarquía.
Tú le escoltarás, y luego
partirás a toda prisa
a la corte, para el rey
con una consulta mía.
Voy a mandar las literas
traer, y estar prevenida
la escolta que has de llevar.
César, la más exquisita
vigilancia ten: con ellos
vas guardando nuestras vidas.
Adiós. Seguidme si os place,
señor marqués de Tavira.

ESCENA X

DON CÉSAR; después DOÑA AURORA

(Don César aguarda a que se vayan don Rodrigo y el marqués, escucha un momento a la puerta del fondo y va a abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de doña Aurora, llamándola con precaución).

Don César

¿Aurora?... ¿Aurora?... Cerráronla

en la cámara vecina,
sin duda porque no oyera
lo que en esta sucedía.

(Entra y vuelve a salir con doña Aurora).

Venid, Aurora.

Doña Aurora

¿Qué pasa,

capitán, que así os obliga
a llamar?

(Don César cierra la puerta del fondo).

¿A qué cerráis
las puertas con tanta prisa?

Don César

¡Aurora, Aurora! Esta casa
es ya una cárcel sombría
para vosotros.

Doña Aurora

¡Dios mío!

¿Qué decís?

Don César

De la justicia

en poder estáis. Gabriel
con pertinacia inaudita
se obstina en callar, e inútil
todo es con él. Ni le obligan
las ofertas, ni le mueven
los ruegos, ni le dominan
las amenazas. Impávido
hacia el abismo camina
con el semblante sereno
y en los labios la sonrisa,
cual si pudiera de un soplo
disipar la enfurecida
tempestad en que sin rumbo
va la nave de su vida.

Doña Aurora

Capitán, es inflexible;

sus acciones son siempre hijas
de una decisión resuelta
y de una convicción íntima,
y no cede.

Don César

Pues os lleva

esa condición altiva
hoy, antes que raye el alba,
a la cárcel de Medina
bajo mi custodia.

Doña Aurora

¿Entonces?

Don César

Ya os he dicho que no había
ley ni deber que valiera
para mí lo que una mínima
insinuación vuestra. Habladle
vos, que sois su amor, su hija;
habladle y decidle: «Huyamos;
don César nos facilita
la fuga, huyamos...», y huid,
Aurora. Y ya que mi vida,
por un tenebroso arcano
que vuestro padre no explica,
está, ¡ay de mí!, para siempre
de la vuestra dividida,
huid, y al menos debédme la
aunque pierda yo la mía.
Huid. Nada hay que me espante:

seré traidor, si es precisa
la traición para salvaros.
Doña Aurora

Dios hará que tal mancilla
sobre vuestro honor no caiga.

(Mira por el hueco de la cerradura del cuarto de Gabriel).

Él va a salir... ¡Que me asista
rogad al cielo!... Y dejadme
con él.

(Vase don César, cerrando la puerta).

Trae embebida
su alma en los pensamientos
de hiel que le martirizan.

*(Sale Gabriel sombrío, los brazos cruzados, sin ver a Aurora,
que se ha retirado a un lado, y habla consigo mismo).*

ESCENA XI

DOÑA AURORA y GABRIEL

Gabriel

A él solo, sí, desenredar le toca
la peligrosa red que se me tiende;
solo el rey puede descoser mi boca;
él solo; si me salva o si me vende,

él con Dios se verá: no es cuenta mía.
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea
la que el cielo me dé; mas vendrá un día
en que todo mortal con Dios se vea,
y en aquel día en que de Dios espero
temblar ante el semblante soberano,
yo, de cetro en lugar, tener prefiero
una palma de mártir en la mano.
Doña Aurora

¿Ni una mirada para mí?

Gabriel

Mi Aurora,

único sol que en mi sombría frente
disipa con la luz de una sonrisa
las nubes del pesar que la ennegrecen,
perdóname si en reflexiones tristes
abismado ante ti pasé sin verte.
Mas, ¿por qué el llanto tu mirada enturbia?
¿Por qué la agitación que te conmueve?
¿Qué te asusta, mi bien?
Doña Aurora

Riesgos traidores

te acechan por doquier, tal vez la muerte.
¿Y te admira, señor, de que mi llanto
copioso y triste mis mejillas riegue?
Gabriel

Te engañas.

Doña Aurora

Tú, la misteriosa nube

que impenetrable tu existencia envuelve,
es fuerza que hoy ante la ley se rasgue
de un juez, terror de cuantos nobles seres
asilo hallaron, nacimiento o nombre
de Tajo y Miño en las riberas fértiles.

Gabriel

¿Quién te lo ha dicho?

Doña Aurora

Yo lo sé.

Gabriel

Pregunto

quién te lo ha dicho.

Doña Aurora

El capitán, que tiene

más de leal, de noble y generoso
que tú de franco con quien más te quiere.

Gabriel

¡Aurora!

Doña Aurora

No receles que mis labios

dejen salir palabras imprudentes,
que a impulso de un amor desatinado

compliquen más la situación presente.
Gabriel

¿De don César, al fin, desventurada,
al fuego dio tu corazón albergue?
Doña Aurora

El corazón entero es de otro hombre
y me son los demás indiferentes.
Ni te hablara yo de él en esta hora,
que habrá de ser para los dos solemne.
Yo quiero al capitán porque tú mismo
me viniste a decir: «Aurora, quíérole»;
mas yo le quiero porque tú lo mandas,
porque quiero no más lo que tú quieres.
Gabriel

Quiérole, Aurora, porque ya es acaso
el solo amigo que tu padre tiene.
Doña Aurora

¡Mi padre, sí, mi cariñoso padre!...
¿No es este el nombre que emplear conviene
en esta situación?
Gabriel

Silencio, Aurora;
que es el encanto de mi vida advierte
ese nombre feliz.
Doña Aurora

Pero ese nombre,

dímelo de una vez, ¿te pertenece?
Gabriel

¿Quién te lo hizo dudar? ¿Quién te lo dijo?

Doña Aurora

La que a tu lado y con placer mil veces
y acaso en busca de la paz perdida
veló tu sueño y sorprendió inocente
tu secreto.

Gabriel

¡Gran Dios! ¿y nada dije
de mi vida anterior? ¿De otros placeres,
de otros tiempos, en fin?

Doña Aurora

Nada dijiste,
nada, señor; mas aunque dicho hubieras
en el pecho de Aurora lo enterraras,
que en ti a sufrir como a callar aprende.

Gabriel

(¡Miserable de mí! Porque el misterio
que intentan aclarar oculto quede
siempre en mi corazón, ¿será preciso
que yo mismo la lengua me cercene?).

*(Gabriel escucha desde aquí como distraído
en sombrías reflexiones).*

Doña Aurora

¡Padre!

Gabriel

Explícate, Aurora.

Doña Aurora

Oye: al impulso

de una curiosidad impertinente,
o de otro sentimiento inexplicable
que en mí se agita y que en mi alma enciende
la misteriosa luz de una esperanza
lejana, incierta, misteriosa, débil,
cedí, señor, y en la callada noche
mi lecho abandoné..., porque a mi mente
mil visiones de amor se amontonaron
en confuso tropel, puras y alegres
como las olas que la mar en calma
sobre sus lomos incansable mece;
como las aves que en el árbol saltan
trinando al son de la escondida fuente.

Gabriel

Prosigue, Aurora.

Doña Aurora

Abandoné mi lecho,

y al tuyo me acerqué, como quien teme
ser sorprendido en criminal intento
por un extraño que a su lado duerme.
Tu faz un punto contemplé, y mi labio

un ósculo filial posó en tu frente.

¿Me oyes, Gabriel?

Gabriel

Prosigue, Aurora mía,

tu voz la voz de un ángel me parece.

Doña Aurora

Al contacto sutil del labio mío

sonreíste, señor; y tu voz débil

oí que el nombre mío murmuraba

entre esos ayes conque el mal divierte

de una pasión el que vivió en el mundo

secretos hondos ocultando siempre;

y entonces supe por la lengua misma

que hablar en sueños indiscreta suele,

que si es la tuya misterioso arcano,

espesa sombra mi existencia envuelve.

Gabriel

¿Y entonces?

Doña Aurora

Me aparté ruborizada

de quien mi padre no es; sentí más fuerte

latir mi corazón; sentí otra sangre

circular por mis venas más ardiente;

sentí en presencia del mayor cariño

mi cariño filial desvanecerse,

y al apartarme de tu lecho trémula

un ósculo de amor grabé en tu frente.
Gabriel

No lo digas jamás, Aurora mía.

Jamás a nadie tu pasión reveles.
Quema los labios que en mi frente seca
pusiste; quema el corazón rebelde
que el cariño filial de sí arrojando,
dio a mi cariño en su lugar albergue.

Doña Aurora

Es ya tarde, Gabriel, mi amor es hijo
de tu callado amor.

Gabriel

Tú lo mereces;

tú eres la sola flor que brotar hizo
en mi camino Dios... Dios, que al ponerme
sobre la tierra, me alfombró de espinas
la senda que mis pies recorrer deben;
pero yo no merezco tu amor santo;
yo soy un árbol cuyo tronco estéril
despojado de vida por el rayo,
ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.

Doña Aurora

No, no: tú eres un árbol cuya sombra
cobijó mi niñez: cuyo ámbar bebe
mi pobre corazón, de quien tú solo
sombra, delicia y alimento eres.

Dios me entregó a tus brazos en mi infancia,
porque Dios quiso que en tu pecho ardiente
brotase, para encanto de tu vida,
de esta pasión correspondida el germen.
Gabriel

Tienes razón, Aurora, reconozco
en tu amor la piedad omnipotente.
Tienes razón, Aurora, Dios del cielo
te envía..., un ángel de los cielos eres.
Doña Aurora

Escúchame, Gabriel.

Gabriel

Habla.

Doña Aurora

En el nombre
de esa pasión que en nuestras almas hierva,
desaparezcan hoy esos misterios
que nuestras dos historias oscurecen.

Gabriel

Imposible.

Doña Aurora

No temas que me espante,
Gabriel, ni me arrepienta, conociéndote,
de haberte amado nunca.

Gabriel

Es imposible.

Doña Aurora

Habla. Dime quién soy, dime quién eres.

Si eres villano y en tus venas viles
la sangre impura y maldecida tienes
de raza hebrea o de morisca tribu,
yo te amaré, Gabriel; si reales puedes
ostentar de tu estirpe en el escudo
coronados y espléndidos cuarteles,
yo te amaré, Gabriel; si eres acaso
criminal fugitivo y por mí temes
de un patíbulo infame la deshonra,
yo te amaré, Gabriel; llama si quieres
a un sacerdote, y que con lazo eterno
anude nuestras almas; y no pienses
que el deshonor de criminal memoria
me humille. Te amo con amor tan fuerte,
que oraré mientras viva en tu sepulcro,
orgullosa del nombre que me dejes.

Gabriel

¡Calla, Aurora, deliras!

Doña Aurora

Un momento,

Gabriel, óyeme aún, no te impacientes.
Si eres un impostor, un ambicioso,
cogido al fin entre sus propias redes,

huyamos; tienes ocasión y tiempo.
Sí, nuestra fuga el capitán protege,
huyamos, nuestro amor y nuestra infamia
arrastrando a remoto continente.
Gabriel

¡Aurora!

Doña Aurora

Hoy a la cárcel de Medina
rayando el alba trasladarnos deben,
y el capitán que en nuestra guarda parte...
Gabriel

Silencio, Aurora. ¿Deshonrarle quieres
para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo
cuando en su guardia el infeliz me lleve,
morirá en mi lugar, y que al fugarme
me doy por criminal siendo inocente?
Yo no huiré jamás; ni sé, ni quiero,
ni nací para huir: ya muchas veces
la he visto cara a cara, y en el pecho,
no por la espalda, me herirá la muerte.
Doña Aurora

Hiéranos a los dos un mismo golpe.

Gabriel

Tú no debes morir; aún que hacer tienes
sobre la tierra.
Doña Aurora

¿Qué, sin ti?

Gabriel

Llorarme.

Doña Aurora

¿Me lo mandas?

Gabriel

Yo, no: Dios. Obedece.

Dios me pone en los labios un candado,
no lo intentes romper. Pura, inocente,
noble eres tú; si a deshonrada tumba
mi silencio me lleva, Dios lo quiere.

Inclina, Aurora, la cabeza humilde
bajo la voluntad omnipotente,
y ora en mi tumba sin vergüenza, Aurora.

Mártir me quiere Dios, y obedecerle
es fuerza. Vive; y si te dice el mundo
que he sido un impostor, el mundo miente.

Yo no he dicho jamás que era el que buscan,
y a morir me enviarán sin conocerme.

Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora
mientras los hombres libertad te dejen;
y si te culpan como a mí, en silencio,
digna siempre de mí, como yo muere.

Doña Aurora

¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea,

Gabriel; digna de ti quiero ser siempre.

ESCENA XII

DOÑA AURORA, GABRIEL, DON CÉSAR

Don César

Don Rodrigo sube.

Gabriel

(A don César).

Oíd

antes. Si en algo apreciáis
a Aurora, ved cómo enviáis
ese papel a Madrid.

(Gabriel da una carta a don César, que la toma rápidamente).

Don César

Sabéis que mi fe la aprecia

en más que en mi mismo honor.

Yo lo llevaré.

Gabriel

Al señor

embajador de Venecia.

ESCENA XIII

DICHOS, un ALGUACIL, después DON RODRIGO

Alguacil

(Entrando).

Su señoría.

Gabriel

Aguardamos

sus órdenes.

Don Rodrigo

(Entrando).

Os espera

allá abajo una litera,

señor Gabriel.

(Gabriel, tomando de la mano a doña Aurora y dirigiéndose a la puerta, dice):

Gabriel

Pues partamos.

Don Rodrigo

¿Ni inquirís adónde vais

ni tomáis vuestro equipaje?

Gabriel

Vos que disponéis mi viaje

sabréis cómo me lleváis.

Don Rodrigo

Conmigo.

Gabriel

Pues ya tardamos.

Don Rodrigo

Vuestros cofres van con sellos.

Gabriel

Haced lo que os plazca de ellos.

Don Rodrigo

Pues cuando gustéis.

Gabriel

Pues vamos.

*(Vanse delante Gabriel con doña Aurora,
luego don Rodrigo y don César).*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal; decoración ochavada; puerta en el fondo, balcón a la derecha; al mismo lado, en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel; puerta a la izquierda de otros calabozos; mesa con papeles, plumas, etc.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO y el ESCRIBANO sentados a la mesa. GABRIEL, al otro lado, en un sillón, reclinado tranquilamente y como ajeno a lo que pasa a su alrededor.

Escribano

Señor, no duerme.

Don Rodrigo

¡Y qué mal

halláis en que esté despierto!
Escribano

Que escucha.

Don Rodrigo

Es un hombre muerto;
que escuche o no, ya es igual.
Seguid leyendo.

Escribano

(*Tomando un papel de la mesa*).

Un oficio
del doctor don Juan de Llanos.

Don Rodrigo

¿Qué dice?

Escribano

Que siendo vanos
interrogatorio y juicio,
mandó dar a fray Miguel
el día cinco tormento.

Don Rodrigo

¿Y qué dijo?

Escribano

Que era invento
suyo lo de que Gabriel
fuese el rey de Portugal,
y que le movió a este engaño
el intento de hacer daño

al rey don Felipe.
Don Rodrigo

Mal

salió. Leed.

Escribano

(Otro papel).

Petición

de la nominada Aurora.

Don Rodrigo

¿Y qué pide esa señora?

Escribano

Ver a su padre.

Don Rodrigo

Ocasión

llegará de que le vea
cuando ya esté confirmada
su sentencia, y no haya nada
que temer de que así sea.

Escribano

(Otro papel).

Novena solicitud
del preso llamado Arbués.

Don Rodrigo

¿Qué solicita?

Escribano

Que pues

vivirá poco, en virtud
de haberle dado tormento,
se quisiera despedir
de su amo antes de morir.
Don Rodrigo

No ha lugar, hasta el momento
de la real confirmación
de su sentencia, si vive.

Escribano

(Otro papel).

Una carta que os escribe
un anónimo.

Don Rodrigo

Cuestión

diaria: amenazas, fieros
contra mí y contra los jueces;
juramentos y sandeces
de rebeldes o embusteros.

Adelante.

Escribano

(Una carta).

Para el juez
don Rodrigo Santillana;
carta que hoy por la mañana
llegó de Madrid.

Don Rodrigo

¡Pardiez!

¿Y así os estabais con ella?

Dadme acá.

Escribano

Tomad, señor.

Don Rodrigo

De César.

(*Leyendo*).

«Del portador

mañana sobre la huella

partiré; media jornada

ante mí llegará a esa;

ni puedo darme más priesa,

ni hasta hoy el rey hizo nada».

¡Gracias a Dios que tocamos

con el fin de ese proceso!

Llevaos vos todo eso,

escribano.

Escribano

¿Os esperamos?

Don Rodrigo

Afuera; y si algún correo

de la corte de Madrid

llega, que suba decid

al punto.

Escribano
Está bien.
(*Vase el Escribano*).

ESCENA II

GABRIEL y DON RODRIGO

Don Rodrigo
(*Aparte*).
(Deseo
salir de este laberinto
de una vez, y de ese hombre
a quien no hay nada que asombre...
Me repugna por instinto
su faz sombría, su calma
imperturbable, su irónica
conversación, su sardónica
sonrisa eterna en el alma
me infunde honda inquietud;
no me acusa la conciencia
de nada; di la sentencia
con severa rectitud,
conforme a ley; mas presiento

que hay en todo esto un arcano
que sondar pretendo en vano,
y deja sin complemento
la obra de la justicia.

Exhala ese hombre satánico
no sé qué de frío y pánico...
creo que me maleficia.

En fin, poco resta ya.

Si el rey la sentencia envía
firmada, el último día
es hoy que calor le da).

¿Dormís, señor Espinosa?
Gabriel

Casi, casi, señor juez.

Don Rodrigo

¿Cansado estáis?

Gabriel

¡Psé!

Don Rodrigo

¿Tal vez

sufrís dolor?

Gabriel

Poca cosa.

Don Rodrigo

Aquí estaréis menos mal
que en la torre.

Gabriel

Así, así.

Don Rodrigo

Que apreciarais más creí
mi caridad.

Gabriel

Me es igual.

Don Rodrigo

¿Tal vez me guardéis rencor
por la cuestión?

Gabriel

¡Brava pena,
por Dios!

Don Rodrigo

La prueba fue buena.

Gabriel

Pudo haber sido mejor.

Don Rodrigo

Confieso que fue cruel
el tormento.

Gabriel

Pero inútil.

Don Rodrigo

¿Lo creéis prueba tan fútil?

Gabriel

Ya lo veis.

Don Rodrigo

Volver a él

podemos aún.

Gabriel

Volvierais

a ver lo que visteis ya.

Don Rodrigo

La segunda vez quizá

vuestro silencio rompierais.

Gabriel

Sería inútil fatiga;

y ahora que hablamos de esto:

de hoy para entonces protesto

contra todo cuanto diga,

y ya podéis calcular

que si en negar doy después

lo dicho, el tormento es

cuento de nunca acabar.

Don Rodrigo

¡Por Dios que sois hombre fuerte,

y gastáis bizarro humor!

Gabriel

Soy terco y sufro el dolor;

soldado soy, y a la muerte

voy como iba a la pelea.
Más despacio o más aprisa
hallarla es cosa precisa,
mas temerla es cosa fea.
Don Rodrigo

Vuestra fortaleza envidio;
mas noto en vos ha un momento
tristeza y decaimiento.
¿Qué tenéis?
Gabriel

Que me fastidio.
Don Rodrigo

¡Que os fastidiáis!
Gabriel

Sí, ¡a fe mía!
Tres meses ha que aquí estoy,
y lo mismo hacemos hoy
que hicimos el primer día.
«Traed ante mí a Gabriel».
Vuelta vos a preguntar,
vuelta yo a no contestar.
«Al calabozo con él».
Vuelve a amanecer el día,
y vuelta a sacar al preso,
y vuelta a leer el proceso,
y vuelta a nuestra porfía.

«Hablad, señor Espinosa».

«No quiero, señor alcalde».

«Que habéis de hablar». «Que es en balde».

Y siempre la misma cosa.

No hubo más que la semana
en que me disteis tormento
que variara..., y ya me siento
casi bueno, Santillana.
Don Rodrigo

Me amedrenta, ¡vive Dios!,
vuestra eterna sangre fría.
Gabriel

También me amedrentaría
a mí si fuera que vos.
Don Rodrigo

Vuestra osada impavidez
cada día toma creces.
Gabriel

Sí; parecemos a veces
el reo vos y yo el juez.
Don Rodrigo

Es que a veces hallo en vos
un misterio que me espanta.
Gabriel

Es que tal vez se levanta
tras mí la sombra de Dios.

(Pausa).

Don Rodrigo

Yo creo, señor Gabriel,
que no es Dios, es Satanás
quien de vos está detrás
y os dejáis llevar por él.
¿A qué hombre de sano seso
no hartarán vuestras pesadas
continuas balandronadas
que llenan vuestro proceso?
¿Qué son, pues, vuestras preñeces
y siniestras reticencias?

Gabriel

Tembladlas si son sentencias;
reídlas si son sandeces.

Don Rodrigo

Pues bien, hablad de una vez;
si ese secreto fatal
existe en vos, hacéis mal
de ocultarlo a vuestro juez.
Si sois quien juzgan, decid:
«Yo soy...», probadlo y mañana...

Gabriel

(Variando de tono).

¿Cuándo vendrá, Santillana,

el capitán de Madrid?
Don Rodrigo

Hoy mismo.

Gabriel

¡Gallardo mozo!

¿Le queréis mucho?

Don Rodrigo

¡Pues no,

si es mi hijo!

Gabriel

También yo

le quiero bien, y me gozo

con su vista. ¿No tenéis

más hijos que él?

Don Rodrigo

Nada más.

Gabriel

¿Ni los tuvisteis jamás?

Don Rodrigo

Las preguntas que me hacéis,

Espinosa...

Gabriel

Son sencillas.

Don Rodrigo

No sé qué se me figura

que hay en ellas...

Gabriel

¿Por ventura

os pregunto maravillas?

Tenéis un hijo mancebo,

y si hubisteis os pregunto

más que él: no hay en el asunto

de mi cuestión nada nuevo.

Don Rodrigo

¡Jamás podré conseguir

arrancar de vuestra faz

ese sarcasmo tenaz!

¿Qué me tenéis que decir?

Acabemos, Espinosa.

Esa burlona altivez

que excita en mí alguna vez

una duda misteriosa,

¿qué significa? Parece

que no os habéis convencido

de que juzgado habéis sido,

de que ya no os pertenece

vuestra acotada existencia,

y de que según la ley,

no falta sino que el rey

confirme vuestra sentencia.

¡Parece que en vuestro pecho

hay una firme esperanza
que os da audacia y confianza
contra esa ley!
Gabriel

Es un hecho.

Don Rodrigo

¿Creéis que no firmará
el rey?

Gabriel

Esa es cuenta suya:

Dios por sus obras le arguya.

¿Le habéis vos escrito ya
que pido verle?

Don Rodrigo

Y respuesta

aguardo; ¿mas si apeláis
al rey en vano?

Gabriel

Me ahorcáis,

y se concluyó la fiesta.

*(Don Rodrigo mira a Gabriel con asombro;
Gabriel permanece sereno).*

Don Rodrigo

Sospéchome que estáis loco.

Gabriel

Tal vez.

Don Rodrigo

Aunque más bien creo
que es otro vuestro deseo.

Gabriel

¿Cuál creéis?

Don Rodrigo

Ir poco a poco
dilatando la sentencia,
dando a entender que aún hay más
que esperar de vos.

Gabriel

Quizás.

Don Rodrigo

Pues os protesto en conciencia
que hoy tendrá fin vuestro afán;
si el rey no manda otra cosa,
morís hoy por Espinosa
o por rey don Sebastián.
Basta ya de dilaciones,
harto estoy de toleraros,
y me es ya en mengua trataros
con tales contemplaciones.
Vos sois un villano artero,
un taimado embaucador
que esperáis suerte mejor

dándoos por un caballero.

¡Un necio, que aguarda en vano
negándose a confesar,
que nunca le han de matar
como a un infame pagano
sin confesión! Mas caéis
en un miserable error:
si no queréis confesor,
sin confesor moriréis.

Y no tenéis que cansaros,
no me habéis de aventajar;
si os obstináis en callar,
yo me obstinaré en ahorcaros.

¿Ahora os reís?
Gabriel

(Riéndose).

¡Sí, por Dios!
Y no he muerto ya de hastío,
porque, como ahora, me río
mil veces.

Don Rodrigo

¿De qué?

Gabriel

De vos.

Don Rodrigo

¿De mí? En vuestra audacia loca

os olvidáis, a mi ver,
que os puedo mandar poner
una mordaza en la boca.
Gabriel

Verme mudo os diera pena;
de que es, estoy persuadido,
mi voz para vuestro oído
el cantar de la sirena.
¡Mordaza! De vuestros fieros
a pesar, si lo procuro
de veras, estoy seguro,
señor juez, de adormeceros.
Ya me parece, ¡pardiez!,
que comenzáis a turbaros
y no he hecho más que miraros.
Os voy a decir, buen juez,
lo que pasa en vuestro pecho:
a fuerza de ir y volver
sobre quién soy, de mi ser
un fantasma os habéis hecho.
Ser superior me imagina
vuestra razón exaltada,
y mi voz y mi mirada
os deslumbra y os fascina.
Todo se os vuelven antojos;
si os miro fijo a la cara,

os turbáis como si echara
fuego o sangre por los ojos.
Si en paz llevando mi suerte
alejo de mí el pesar,
creéis que voy a evitar
con algún filtro la muerte.
Si de vuestros hijos hablo
y por ellos os pregunto,
no parece sino asunto
de vendérselos al diablo.
Si levanto un poco más
estando solos la voz,
cual de una bestia feroz
teméis, y os echáis atrás.
Y si al hablarme con saña
vos, os hablo con violencia,
os dobláis en mi presencia
como ante el viento la caña.
Tan hondo y siniestro influjo
he adquirido sobre vos,
que, ino os lo demande Dios!,
me estáis suponiendo brujo.
No parece, Santillana,
sino que sabéis que puedo
haceros temblar de miedo

cuando me diere la gana.
¿Y no es verdad, don Rodrigo,
no es verdad que mi semblante
os está siempre delante,
que andáis, que soñáis conmigo?
¿No es verdad que se os alcanza
que tendrá alguna razón
al mostrar mi corazón
tan osada confianza?
¿No es verdad que todo cabe
en hombres, y que, tal vez,
en vuestra vida de juez,
hay algún secreto grave
que creéis hundido vos
en la eternidad oscura,
y que teméis por ventura
que me lo revele Dios?
¿No es verdad que cuando a solas
hablo con vos, don Rodrigo,
va vuestra alma en lo que os digo
como nave entre las olas,
esperando de un momento
a otro verse sumergida
por la mar embravecida
de mi airado pensamiento?

¿No es verdad que habéis cruzado
una vez el Portugal,
y cerca de Setubal,
en mitad de un despoblado,
un monasterio habéis visto
cuya sagrada vivienda
fue teatro de una horrenda
profanación?
Don Rodrigo

¡Jesucristo!

Gabriel

¿No es verdad que cuando clavo
mis ojos en vuestro rostro
os hieló el alma y os postro
a mis pies como un esclavo?
De rodillas, Santillana,
vuestra vida está en la mía,
viviréis más que yo un día:
si yo muero hoy, vos mañana.
Don Rodrigo

¡Dios me valga!

(Don Rodrigo se arrodilla).

Gabriel

¡Calla! ¿Y vos
lo tomáis como os lo digo?
Si esto es farsa, don Rodrigo,

serenaos, ¡vive Dios!
Don Rodrigo

¿Conque es decir?...

Gabriel

Que divierto

mi fastidio, Santillana.

Don Rodrigo

(*Furioso*).

No haréis lo mismo mañana.

Gabriel

(*Con calma*).

Ahorcándome hoy, no por cierto.

ESCENA III

DICHOS y el ALGUACIL

Alguacil

Su merced, el capitán

Santillana.

Gabriel

¡Que nos cae

del cielo!

Don Rodrigo

Y que el fallo trae
del rey.
Gabriel
Fin de nuestro afán.

ESCENA IV

DON RODRIGO, GABRIEL y DON CÉSAR

Don Rodrigo

¿Traes tú los despachos?

Don César

Sí.

Mas ¿que tenéis, padre?

Don Rodrigo

Nada.

¿Traes la sentencia aprobada?

Don César

Sí.

Don Rodrigo

¿Dónde está?

Don César

(Dándole un papel).

Vedla aquí.

(Don Rodrigo toma, abre y lee el pliego que le da don César, y dice llamando):

Don Rodrigo

¡Hola!

(Entran algunos alguaciles y el Escribano).

Cúmplase la ley.

Avisad al confesor

y al verdugo ejecutor

de las justicias del rey.

Escribano, evacuad vos

la postrera diligencia,

intimadle la sentencia

y que se encomiende a Dios.

Don César

Señor...

Don Rodrigo

¡Silencio! Leed.

Escribano

(Empezando a leer).

Vista y fallada...

Don Rodrigo

(Interrumpiéndole).

Adelante:

la aprobación es bastante,

fórmulas a un lado haced.

Escribano

(Leyendo).

«Y en atención a que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchas prendas y joyas de valor, pertenecientes a la persona de nuestro difunto sobrino don Sebastián, rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisición y posesión; y en atención a que el marqués de Tavira y fray Miguel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieran por el rey don Sebastián, y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerle, y que en su nombre se han escrito cartas, contraído empréstitos y armado gentes para concitar a la rebelión a los pueblos en favor suyo; y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa no ha negado nunca ser él el mismo rey don Sebastián, antes ha contribuido a hacer creer a los incautos que lo es efectivamente, no declarando jamás quién sea en realidad, dándose ya por una persona ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales exteriores, que a su parecer pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que de don Sebastián se conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando, en fin, que el cuerpo de dicho rey fue por nos rescatado del poder de Muley Mahamet y traído de África al monasterio de Belén, donde yace sepultado; aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor infame, traidor a su rey, y usurpador del nombre del rey don Sebastián. Por cuyas razones le condenamos a ser arrastrado, y ahorcado y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza a una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivió, para desengaño de incautos y escarmiento de traidores. — Yo el rey».

Gabriel

(Con ira).

¿Traidor yo, impostor, infame?

¿Muerte a mí con tal afrenta?

(Serenándose).

Que Dios me lo tome en cuenta
cuando a su juicio me llame.

(Al Escribano):

¿Tenéisme más que leer?
Escribano

Nada más.

Gabriel

Pues despachemos
y tiempo no malgastemos.
Sea lo que haya de ser.

Don César

(¡Indomable corazón!)

Don Rodrigo

*(¡Incomprensible fiereza!
Ni aun inclinó la cabeza
para oír la intimación).*

Gabriel

Alcalde, estáis demudado,
trémulo..., ¡por vida mía!
Cualquiera imaginaría
que erais vos el sentenciado.

Don Rodrigo

(Airado).

Pronto lo viera. Tenéis
de vida tres cuartos de hora.

Gabriel

Son las cinco y cuarto ahora.

Don Rodrigo

Encerradle.

Gabriel

(A don Rodrigo).

Hasta las seis.

Don Rodrigo

Despejad.

*(Llevan a Gabriel a su encierro,
y vanse el Escribano y los alguaciles por el fondo).*

ESCENA V

DON RODRIGO y DON CÉSAR

Don César

¿Padre, qué es esto?

Don Rodrigo

Que es fuerza que ese hombre muera.

Don César

Dadle un día.

Don Rodrigo

Ni siquiera

una hora.
Don César

Que dispuesto
muera al menos cual cristiano.

Don Rodrigo

Muera, y sea como fuere.

Don César

¡Sin confesión!

Don Rodrigo

No la quiere;
es un hereje, un pagano.

Don César

Padre, estáis ciego de ira.

Don Rodrigo

Ira es lo que aparento,
ira, César; pero miento,
es terror lo que me inspira
ese hombre de Satanás.
Y yo, ¡imbécil!, que le daba
tormento porque no hablaba;
no, no: que no hable jamás,
que le lleven al cadalso
con una mordaza puesta;
que no hable con nadie; en esta
hora cuanto diga es falso.

Don César

Padre, sospecho, ¡ay de mí!,
que se os desvanece el juicio.

Don Rodrigo

Es obra de un maleficio.

Don César

¿Os maleficiaron?

Don Rodrigo

Sí.

Don César

¡Superstición!

Don Rodrigo

Ya lo ves.

Gabriel me malefició,
y él ha de morir o yo.

Ya firmó el rey: muera, pues.

Don César

¡Padre!

Don Rodrigo

¡César..., hijo mío!

Don César

¡Estáis delirando!

Don Rodrigo

¿Alguno

me escuchó acaso?

Don César

Ninguno.

Don Rodrigo

(De mí propio desconfío).

Don César

Padre, algún mal os acosa;
tembláis..., estáis demudado.

Don Rodrigo

Algún vértigo; he velado
tantas noches de Espinosa
con el proceso maldito,
me ha dado tanto que hacer,
que en mí no estoy hasta ver
que de en medio me lo quito.
Mas no fue nada, pasó
ya, César. Veamos, pues,
los despachos de la corte.

Don César

Tomad: aquí los tenéis.

Don Rodrigo

Esta es la consulta mía,
esta la aprobación es
del consejo; esta la carta
de su majestad el rey;
¿y este otro pliego sellado,
de quién es?

Don César

¡Yo no lo sé!

me fue entregado en palacio
con todos ellos.

Don Rodrigo

¿Por quién?

Don César

Por el rey mismo.

Don Rodrigo

A ver: ábrele.

Don César

Una real orden.

Don Rodrigo

Pues lee.

Don César

(*Leyendo*).

«En nombre del rey. — Por la presente, pondréis en libertad en la hora en que la recibiereis, y sobreseyendo en su causa, si hubiereis procedido a formarla contra ella, a doña Aurora Espinosa, detenida y a vuestras órdenes en la cárcel de Madrigal; dejando disponer libremente de sí misma a dicha doña Aurora, como fuere su voluntad. — Madrid, etcétera. — A don Rodrigo Santillana».

Don Rodrigo

¿En libertad? No comprendo

tal orden del rey.

Don César

Y está

bien terminante.
Don Rodrigo

Y será

cumplida. Sigue leyendo.

Don César

Otro pliego para mí.

Don Rodrigo

Rompe la nema y aparta
la cubierta. ¿Qué hay?

Don César

Aquí

viene un papel y otra carta.

Don Rodrigo

Lee.

Don César

Dice el papel así:

(Lee).

«En nombre del rey. — Otorgamos licencia para dejar el servicio de Su Majestad, temporal o absolutamente, como más le conviniere, al capitán del primer tercio de Flandes don César de Santillana».

Don Rodrigo

¿Y para qué?

Don César

¿Qué sé yo?

Don Rodrigo

¿Tú no la has pedido?

Don César

No.

Don Rodrigo

Sigue. (¿Qué es esto? ¡Ay de mí!).

Don César

(*Lee*).

«Y ordenamos al dicho capitán don César, por ser así del agrado de Su Majestad, conducir con todo honor y escoltar con toda seguridad, durante su viaje por tierras de sus dominios y mares guardados por su real marina, a doña Aurora de Espinosa, hasta ponerla sana y salva en Estados de Venecia, por cuyo embajador ha sido reclamada, como hija adoptiva de la República Serenísima».

Don Rodrigo

¡Ira de Dios! Todo ahora

lo comprendo.

Don César

¿Qué es, señor,

lo que comprendéis?

Don Rodrigo

Tu amor,

idesventurado!, a esa Aurora.

Don César

Es cierto: un amor profundo;
mas no os traiga con cuidado,
que es el más desesperado
que hubo jamás en el mundo.

Don Rodrigo

¿Lo ves? ¡Ah! También a ti
te han maleficiado; pero
responde, César. Yo quiero
saberlo ya todo; di.
Tú con ella en connivencia,
huir con seguridad
queriendo, su libertad
conseguiste y tu licencia.

Don César

No, a fe mía.

Don Rodrigo

Sí, arrastrado

por sus sortilegios has
trabajado en contra mía
con temeridad impía
y en favor suyo.

Don César

Jamás.

Que tuve siempre, confieso,
simpatía misteriosa
e interés por Espinosa,
pero no obré en su proceso.
Amé a Aurora, la amo aún;
mas mi pasión despechada
es imposible, y no hay nada

entre los dos de común.
Mientras viva la amaré;
pero este amor solitario
de mi pecho en el santuario
solo yo conservaré.
Don Rodrigo

¡Otro misterio!

Don César

Tremendo

sin duda, padre; mas puede
conmigo, y mi brío cede
a su poder.

Don Rodrigo

No lo entiendo.

Don César

Ni yo sé decir más de él
sino que Aurora, señor,
no nació para mi amor.

Don Rodrigo

¿Quién te ha dicho eso?

Don César

Gabriel.

Don Rodrigo

¡Infeliz! Es su manceba.

Don César

Quien tal os dijo ha mentado,

señor.

Don Rodrigo

Ella misma ha sido.

Don César

¿Ella?

Don Rodrigo

En la primera prueba

del tormento.

Don César

¡Cielo santo!

¿La habéis puesto en el tormento?

Don Rodrigo

Es débil, y habló al momento.

Don César

¡Me paralizó de espanto!

¿Qué abismo es este de males

que por doquier nos circunda?

¡Qué trama esta tan fecunda

de misterios!

Don Rodrigo

Los fatales

hilos de esa negra trama

tan solo puede romper

la muerte, y hoy ha de ser.

Que mueran él y su dama.

Don César

¡Imposible! Mintió.

Don Rodrigo

¿Quién?

Don César

Ella: no puede tampoco

ser de Gabriel.

Don Rodrigo

¿Quieres loco

volverme?

Don César

No. Sé muy bien

lo que digo: esa mujer
es prenda de una venganza.

Solo con esa esperanza
la conserva en su poder.

Don Rodrigo

¿Ella de venganza prenda

y en su poder? ¡Dios me asista!

De este arcano ante mi vista
se aclara la sima horrenda.

¡Hola!

(Toca la campanilla y entra un alguacil).

En libertad a Aurora

poned al punto, y aquí

traedla. Escucha, ¡ay de mí!,

escucha, César, ahora
un secreto horrible: ese hombre,
que no es nada y que lo es todo,
de quien de saber no hay modo
religión, patria ni nombre;
ese hombre, a quien nada espanta,
cuya altivez nadie doma,
penitente humilde en Roma,
peregrino en Tierra Santa,
soldado en Flandes, marqués
en Madrid, corso en Venecia,
que alma y vida menosprecia
como al polvo de sus pies;
a quien no rinde el tormento,
y cuyo espíritu fuerte
ve a un paso de sí la muerte
y se sonríe contento,
no es criatura, es fantasma;
no es vivo, es aparición,
quimera, ensueño, visión,
más que de terror me pasma.
Es un hombre de otra edad:
un hombre que estando muerto
halló su sepulcro abierto
y huyó de la eternidad

mis pasos para seguir;
es la sombra de otro ser
que sale a la tierra a ver
nuestra sepultura abrir.
Don César

¡Ay de mí! El continuo afán
del proceso de Gabriel
os hizo concebir de él
esas quimeras que están
trastornándoos la razón.
Don Rodrigo

Dices bien..., sí..., no comprendas
jamás las causas horrendas
de mi ruin superstición.

ESCENA VI

DON RODRIGO, DON CÉSAR y DOÑA AURORA

Doña Aurora

¡Libre!.. Jamás esperé
que nos olvidara Dios;
(*A don César*)
ni de haber fiado en vos

jamás me arrepentiré,
pues duda no queda en mí
de a quién debo, capitán,
la libertad que me dan
cuando os vuelvo a ver aquí.
Don Rodrigo

Despeja. Escuchad, Aurora.

Doña Aurora

¿Por qué le mandáis salir?

Don Rodrigo

Porque nadie debe oír
nuestras palabras ahora.

Doña Aurora

¡Dios mío! ¿Qué extraño afán
os agita? ¿Es, por ventura,
mi libertad impostura?
¡Ah! No os vayáis, capitán;
quiere volverme tal vez
al tormento.

Don Rodrigo

Oíd, os digo.

Sois libre, y yo vuestro amigo.

Doña Aurora

¿Cabe entre el reo y el juez
amistad? ¿Entre el verdugo
y la víctima? Jamás

os conoceré por más

que por juez.

Don Rodrigo

¡A Dios no plugo

que fuese de otra manera!

Mas acaso desde ahora

variéis de opinión, Aurora.

(Vuelve a don César, que permanece en pie junto a la puerta).

¿Qué esperáis vos? Idos fuera.

(Vase don César).

ESCENA VII

DON RODRIGO y DOÑA AURORA

Don Rodrigo

Nada receléis de mí,

pobre niña: en libertad

estáis: vuestra voluntad

no tendrá ya coto aquí.

Serenaos, pues; oídme,

Aurora, y por cuanto améis

ruégoos que me contestéis

la verdad.

Doña Aurora

Pues bien, decidme

vos en conciencia primero:

¿mi libertad se me dio

con la de Gabriel? Si no

es así, yo no la quiero.

Don Rodrigo

Solo depende de vos

la libertad; si un secreto

me aclaráis vos, os prometo

la libertad de los dos.

Doña Aurora

¿Es mío solo el secreto

que me pedís?

Don Rodrigo

Sí, en verdad.

Doña Aurora

¿Y vale la libertad

de Gabriel?

Don Rodrigo

Me comprometo

a dársela.

Doña Aurora

Preguntad.

Don Rodrigo

¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado
vivís?

Doña Aurora

Desde muy niña.

Don Rodrigo

¿Y qué memoria

de vuestra infancia conserváis?

Doña Aurora

Apenas

una vaga memoria me ha quedado
de aquellas horas al pesar ajenas.

Don Rodrigo

No espero yo que recordéis la historia
de vuestra infancia, cuya edad se olvida
pronto, y muy fácilmente con las penas
o los placeres de la inquieta vida;
mas del lugar en donde habéis nacido,
donde pasasteis los primeros años,
tendréis alguna idea.

Doña Aurora

Muy confusa;

tal, que puedo decir que la he perdido
mezclándola después con mil extraños
recuerdos posteriores.

Don Rodrigo

¿De manera

que imposible os será, pues lo rehúsa
vuestra memoria ya, la más ligera
noticia dar de vuestra edad primera?

Doña Aurora

Tan imposible, no. ¿Quién en su mente
a un recuerdo infantil no da guarida?
¿Quién no vuelve los ojos tiernamente
hacia las puertas de oro de la vida?
¿Quién no recuerda en ocasión alguna
el pobre hogar o la lujosa estancia,
cuya techumbre guareció en su infancia
el dulce sueño que gozó en la cuna?

Don Rodrigo

¿Vos recordáis ese lugar?

Doña Aurora

Sin duda;

mas no por la virtud de mi memoria
sola, tan fiel en esa edad no cabe
tenerla: sé de mi infantil historia
lo que fui recordando con ayuda
de la voz de Gabriel, que es quien la sabe.

Don Rodrigo

¿Gabriel la sabe?

Doña Aurora

Sí.

Don Rodrigo

¿Y os la ha contado?

Doña Aurora

Incompleta.

Don Rodrigo

(También la habrá engañado).

Mas yo quiero saber solo la idea
que hayáis vos en la mente conservado.

Doña Aurora

Tengo, aunque muy confuso, algún recuerdo.

Don Rodrigo

¿De qué?

Doña Aurora

De mil objetos.

Don Rodrigo

Aunque sea

en confusión, decídmelos.

Doña Aurora

Me acuerdo

de una ribera donde yo cogía
yerbezuelas y conchas; del rugiente
mar, que sus ondas sin cesar mecía;
de un monasterio triste y solitario
fundado al pie de un monte; y vagamente

me acuerdo de la iglesia, con su coro
enverjado, sus techos con pinturas,
su altar lleno de flores, su sagrario
iluminado con mecheros de oro;
y me acuerdo también, porque me daban
miedo, de las inmóviles figuras
de mármol que tendidas reposaban
encima de sus anchas sepulturas.
Don Rodrigo

¿Qué monasterio era ese?

Doña Aurora

Era un convento
de monjas.

Don Rodrigo

¿Qué país?

Doña Aurora

No lo he sabido
nunca.

Don Rodrigo

¿Jamás Gabriel os ha contado
lo que hacíais allí? ¿Quién conducido
os había a aquel claustro?

Doña Aurora

No ha querido
decírmelo jamás; sé que aposento
tenía allí mi madre, y que he pasado

los tres primeros años de mi vida

allí.

Don Rodrigo

¿Con ella?

Doña Aurora

Sí.

Don Rodrigo

¿De vuestra madre,

os ha hablado Gabriel?

Doña Aurora

Mil y mil veces.

Don Rodrigo

¿La recuerda a menudo?

Doña Aurora

No la olvida

jamás, y sé que en sus nocturnas preces

la reza como a mártir.

Don Rodrigo

¿Sabéis de ella

la historia, el nombre, la familia?

Doña Aurora

Nada.

Sé que fue un día festejada y bella,

y luego escarnecida y ultrajada.

Sé que el relato de su triste historia

es una horrible e infernal leyenda

que conserva Gabriel en su memoria,
de expiación y de venganza prenda.
Don Rodrigo

¿Y qué es lo que sabéis de este relato
vos?

Doña Aurora

Yo, nada tal vez, y acaso todo;
porque sus hechos sé, mas nunca supe
ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

Don Rodrigo

Pero en fin, ¿qué sabéis de vuestra madre?

Doña Aurora

Sé que era noble dama; que vivía
en la corte de un rey a quien la unía
una amistad profunda y verdadera;
que era para aquel rey casi una hermana,
pues juntos cuando niños se criaron,
y fraternal amor constantemente
uno a otro los dos se conservaron.
Sé que era cuanto rica, generosa;
y que el encanto de las gentes era
por su virtud y ciencia prodigiosa;
que el vulgo la quería,
la corte la admiraba
y con ella secretos no tenía
el rey, que como hermana la trataba.

Don Rodrigo

¿Mas ese rey?...

Doña Aurora

Murió.

Don Rodrigo

¿Cómo?

Doña Aurora

En la guerra,

y concluyó con él su dinastía,

y otro rey vino a gobernar su tierra,

y a otras manos pasó su monarquía.

Don Rodrigo

¿Y vuestra madre entonces?...

Doña Aurora

Fue mirada

como enemiga del monarca nuevo,

y al fin de algunos meses acusada

de traición; por diabólica su ciencia

tomaron, y la dieron por culpada,

diciendo que hizo creer que el rey vivía

no sé a quién, a favor de un sortilegio,

mostrando a sus conjuros evocada

la aparición de su fantasma regio.

Don Rodrigo

¿Y después?

Doña Aurora

¡Oh! Después..., eso es lo horrible
de la historia, señor. Se apoderaron
de ella, de su palacio, de su hacienda,
los vendieron, sus armas infamaron,
y ocupó un extranjero su vivienda,
y su nombre y su raza se olvidaron.

Don Rodrigo

¿Y ella?

Doña Aurora

Como las hojas del otoño
despareció de encima de la tierra,
y en ella más los hombres no pensaron
solo pensando en libertad y guerra.

Don Rodrigo

¿Pero vos?

Doña Aurora

No lo sé... Sé que mi madre
pobre, triste, ofendida y no vengada,
en aquel solitario monasterio
tejía su existencia desdichada,
y yo existía ya, bajo el misterio
de aquellas santas bóvedas velada.

Don Rodrigo

¿Y luego?

Doña Aurora

No sé más.

Don Rodrigo

¿Gabriel no os dijo

nada de vuestro padre?

Doña Aurora

Le tenía

siempre por padre a él, y él me quería
más que el padre mejor quiere a su hijo.

Don Rodrigo

¿Pero cómo supisteis?...

Doña Aurora

En su sueño

sorprendí su secreto: y como me era
necesario su amor de una manera
u otra, el amor filial hallé pequeño,
y del amor de la mujer y el niño
formé para Gabriel solo un cariño.

Don Rodrigo

¿Pero al saber que vuestro padre no era,
no preguntasteis vos?

Doña Aurora

Quién era el mío.

Don Rodrigo

¿Y qué dijo Gabriel?

Doña Aurora

Que él lo sabía:

mas que de él a acordarme no volviera,
porque mi amor filial no merecía.

Don Rodrigo

Siempre merece un padre...

Doña Aurora

No lo ha sido

jamás el mío para mí.

Don Rodrigo

¡Aurora!

Doña Aurora

¿Creéis que una razón me fue bastante
para echar su memoria en el olvido?
¡Insistí, porfié, lloré y ahora
sé que nunca mi amor ha merecido!
Sé que me echó a la vida despojada
de su nombre, y sin pan y sin abrigo.
Sé que dejó a mi madre deshonrada
en medio de la tierra abandonada
para llorar y perecer conmigo.

Don Rodrigo

¿Y creéis a Gabriel?

Doña Aurora

¿Que si le creo?

Es la verdad del cielo descendida;
su palabra es mi fe, y en esta vida
por su fe juzgo, por sus ojos veo.
Don Rodrigo

¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono
de vuestro padre?

Doña Aurora

Nada; y si lo hubiera,
yo sé bien que Gabriel me lo dijera.

Don Rodrigo

¿Es decir?...

Doña Aurora

Que es mi padre y le perdono,
como amor exigir de mí no quiera.
Mi madre, que al dolor ha sucumbido,
de Dios le aguarda ante el excelso trono.
Yo, a quien solo dio el ser, nada le pido;
pero como él nos olvidó, le olvido,
como él me abandonó, yo le abandono.

Don Rodrigo

¿Vive, pues?

Doña Aurora

No lo sé.

Don Rodrigo

¿Mas si viviera?

Doña Aurora

Como él no me buscó, no le buscara.

Don Rodrigo

¿Y si una vez en la vital carrera
con él os encontrarais?

Doña Aurora

Le mirara

sin ira, mas la espalda le volviera.

Don Rodrigo

¿Y si al veros partir él os llamara?

Doña Aurora

De su paterna voz no hiciera caso.

Don Rodrigo

¿Y si llorando el mísero os siguiera?

Doña Aurora

Apresurara, sin volverme, el paso.

Don Rodrigo

Pero, ¿y si os alcanzara y os asiera
de los vestidos él?

Doña Aurora

Los rasgaría

dejándole en la mano los pedazos.

Don Rodrigo

¿Y si os tendiera sus paternos brazos?

Doña Aurora

Su abrazo paternal rechazaría.

Don Rodrigo

¿Por qué?

Doña Aurora

Porque mi padre todavía

no ha ido a orar sobre la tumba oscura
de mi madre, y Gabriel me dijo un día
que al querer abrazarnos se abriría
entre mi padre y yo su sepultura.

Don Rodrigo

¡Fatal superstición!

Doña Aurora

Tal es la mía.

Don Rodrigo

Tal es la ira de Dios. Es un misterio
impenetrable. Satanás me ciega
sin duda, y nunca a comprenderle llega
mi corazón ansioso.

Doña Aurora

He respondido

a cuanto preguntarme habéis querido.

Señor, a vos os toca.

Don Rodrigo

¡Sí, a fe mía!

Vais a ver a Gabriel. (¡Oh!, sí; yo quiero
apurar este cáliz de agonía.)

(Abre la puerta que da al encierro de Gabriel, mientras Aurora dice):

Doña Aurora

Libres al fin... Para Gabriel ahora

libre será mi corazón entero.

ESCENA VIII

DOÑA AURORA, DON RODRIGO y GABRIEL

Don Rodrigo

(A Gabriel).

Espinosa.

Gabriel

Heme aquí.

Doña Aurora

(Viendo a Gabriel).

¡Gabriel!

Gabriel

(Abrazándola).

¡Aurora!

¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?

Doña Aurora

La libertad, Gabriel, libres estamos,

y cual juntos aquí nos han traído,

juntos espero que de aquí partamos.
Gabriel

(Pidiendo explicación de estas palabras de doña Aurora).

¡Santillana!

Don Rodrigo

(Dándole la orden de libertad).

Leed.

Doña Aurora

¿Ves?

Gabriel

(Lo comprendo

todo. La agitación de don Rodrigo,
de mi Aurora infeliz la fe tranquila...

¡He aquí el instante para mí tremendo!

La hora del martirio y del castigo.

Señor, Señor..., mi espíritu vacila;

sostenedme hasta al fin... ¡sed vos conmigo!)

Doña Aurora

¿Qué te agita, Gabriel?... Tu faz sombría,
tu palidez...

Gabriel

Un poco conmovido

estoy; y es natural, Aurora mía.

Y también vos estáis descolorido,

Santillana...

Don Rodrigo

Espinosa, concluyamos.

Yo os llamé...

Gabriel

No os canséis: el por qué entiendo.

¿A solas con Aurora habéis hablado?

Don Rodrigo

La historia de su madre me ha contado.

Gabriel

Solo para que a vos os la contara

se la he contado yo.

Don Rodrigo

Toda pretendo

saberla, pues.

Gabriel

¡Curiosidad avara!

Don Rodrigo

Pero que vos satisfaceréis.

Gabriel

Sin duda;

mas puédeos ser satisfacción muy cara;

porque os advierto, juez, que he observado

que mis satisfacciones y respuestas,

por más que yo riendo os las he dado,

han sido siempre para vos funestas.

Don Rodrigo

Hablad..., hablad.

Gabriel

¡Si os empeñáis en eso!

Mas después de tres meses de proceso
no sé cómo no estáis escarmentado
de interrogarme ya.

Don Rodrigo

¡Siempre lo mismo!

Acabemos, Gabriel.

Gabriel

Sí, concluyamos;

hora es de penetrar en este abismo.

Don Rodrigo

Descender quiero a él.

Gabriel

Y yo os prometo

que lo haréis: el momento es oportuno.

Don Rodrigo

Decid, pues.

Gabriel

Esperad, que este secreto

os pertenece a tres y falta uno.

Llamad al capitán, que con vos debe
penetrarle también.

Don Rodrigo

(Llama y sale un alguacil).

¡Hola! Don César.

Doña Aurora

¿Qué tienes, Gabriel mío? En tu semblante,
en tus palabras y ademanes noto
siniestra agitación.

Gabriel

Aurora mía,

tu corazón amante
por mí no tenga la inquietud más leve;
a mis pesares Dios hoy pondrá coto,
y ambos tendremos libertad en breve.

¿Tú no te olvidarás desde este día
de tu Gabriel?

Doña Aurora

Jamás. ¿Eso preguntas?

Juntas caminarán nuestras dos vidas,
nuestras almas a Dios subirán juntas.

Gabriel

Sí, ni la muerte las podrá un instante
mantener una de otra divididas.

Doña Aurora

¡Dios! ¿A qué mientas la muerte ahora?

Don Rodrigo

Ya está aquí el capitán.

Gabriel
Silencio, Aurora.

ESCENA IX

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL y DON CÉSAR

Gabriel

¡Hola! Sed, capitán, muy bien venido.

Voy muy pronto a emprender un largo viaje
y un encargo dejaros he querido...

Don César

¡Un viaje!

Gabriel

Sí, estoy libre; me parece
que el portador de la orden habéis sido.

Don César

(¡Ay de mí! La infeliz aún nada sabe).

Gabriel

Decidme, capitán, ¿me habéis traído
un pliego de Madrid?

Don César

Tomadle.

Gabriel

Bueno;

guardadle por ahora. En esa carta
de un gran misterio encontraréis la llave.

(A don Rodrigo).

Vos sois algo curioso, y no me fío
de vos: sois padre y juez; os la confío,
capitán, solo a vos. Cuando yo parta,
dádsele a vuestro padre y que la lea.
¿Me entendéis? Cuando parta: que no sea
ni un solo minuto antes.

Don César

Os lo juro.

Gabriel

Vuestra palabra sola es buen seguro.

Además, por si acaso no volvemos
a vernos, pues yo parto con Aurora
del mundo terrenal a otros extremos,
quiero un regalo haceros, en memoria
de nuestro buen encuentro en esta vida,
que os será complemento de mi historia
y prenda de amistad y despedida.

*(Gabriel saca del pecho un relicario que lleva al cuello con una
cadena).*

Don Rodrigo

(Esa calma satánica me aterra).

Doña Aurora

(Tiemblo no sé por qué).

Don César

(No es ser humano
quien así se despide de la tierra).

Gabriel

Tomad. Es, capitán, un amuleto
sagrado; don del Papa. Un relicario
que un *lignum crucis* venerando encierra
y guarda como el pliego otro secreto.
Con el respeto mismo que a un sagrario
contempladlo, y lo mismo que la carta
se lo daréis al juez... cuando yo parta.

(A don Rodrigo).

Abridlo solo vos: es mi conciencia,
y Dios solo con vos sondarla debe;
en ella echad una ojeada breve
y reconoceréis la omnipotencia.
¡Mas si un soplo hay en vos de fe cristiana,
esperad a que muera, Santillana!
¡Ea! Ya que se acerca mi partida,
escuchad, señor juez, el cuento extraño
que queráis saber, y por mi vida
que oiréis una historia divertida.

Don Rodrigo

(Yo tiemblo).

Gabriel

Oídmeme, pues. La Escena pasa
no importa el día, la estación ni el año,
de noche, en Setubal, y en una casa.

Don Rodrigo

(¡Cielos!).

Gabriel

Temblando estáis si no me engaño,
Santillana.

Don Rodrigo

Seguid.

Gabriel

En hora buena.

En una alcoba cómoda, alumbrada
por una lamparilla perfumada
con asiático aroma, bien ajena
el alma de inquietud y bien guardado
por leales domésticos, el dueño
de aquella rica estancia descuidado
yacía en brazos de agradable sueño.

Era un hombre harto noble y poderoso
para que no tuviera por asilo
muy seguro su casa, y al reposo
se entregaba en su cámara tranquilo.

Una noche creyó sobresaltado,

a pesar de lo doble de la alfombra,
pasos del lecho percibir al lado.
Abrió los ojos y miró espantado
trazarse en la pared movable sombra:
volvió la faz, y con la faz de seda
se tropezó de un hombre enmascarado.
¡Frío quedó como el cadáver queda!
«Levantaos», le dijo con acento
imperioso el incógnito; y vistiose
la bata que él le daba. «A ese aposento
salid». Obedeció y enfrente hallose
de dos hombres plantados a la puerta,
una dama como ellos encubierta
y un sacerdote pálido, y tenaces
sintió pesar sobre su frente yerta
las miradas ardientes y voraces
lanzadas a su frente descubierta
a través de los negros antifaces.
Entonces de estos hombres el primero,
de la sombría dama el velo alzando,
«¿La conocéis?», le dijo, y él, temblando,
«Sí», respondió. «Pues bien, sed caballero»,
repuso el disfrazado; y avanzando
el grave sacerdote se dispuso
a unirle con la dama en matrimonio,

mientras el de la máscara se puso
a escribir en silencio el testimonio.
El despertado resistirse quiso;
pero su daga el disfrazado al pecho
le presentó y ceder le fue preciso;
firmó, y el matrimonio quedó hecho.
Partió la dama y los demás con ella.
Mas quedose el primer enmascarado,
y dijo gravemente al despertado:
«Tenéis una mujer ilustre y bella,
gracias a mí y a vuestra buena estrella,
que os hizo viudo para ser casado;
le quitasteis la honra, y habéis dado
nombre a sus hijos; mas seguid su huella
y morís, ios lo juro!, asesinado».
Dijo así el de la máscara, y partiose
con los demás; y de la casa el dueño
enmedio de la cámara quedose
dudando si era realidad o sueño.
Don Rodrigo

Tremenda realidad.

Gabriel

(Apartándole a un lado).

Sí, don Rodrigo;
la dama, doña Inés; vos, el casado.
Don Rodrigo

¿Y vos, señor?

Gabriel

El hombre enmascarado.

Don Rodrigo

Tal vez Dios permitió...

Gabriel

Lo habéis soñado.

Don Rodrigo

¿Y si el sueño es verdad?

Gabriel

Silencio, digo.

Que ellos no os oigan, que la faz no os vean;
sueño o verdad, que sepultados sean
con vos el sueño, la verdad conmigo.

Don Rodrigo

Pero mi alma concibe en este punto
que ese arcano fatal guardar podría
una verdad.

Gabriel

Os dije que era asunto

concluido. Escuchadme: si yo fuera
el rey don Sebastián, morir debía
por la quietud del reino, y mi alma entera
ser mártir a ser rey preferiría.

Si soy un impostor, y perjudico

con mi existencia la quietud de España,
debo morir también; debo una hazaña
de mi impostura hacer, y sacrifico
mi vida a sostener esta patraña
que mi historia desde hoy hará famosa.

¿Me comprendéis?

Don Rodrigo

Señor, yo no me atrevo,
dudando...

Gabriel

Ahogad la duda: morir debo,
si no por Sebastián, por Espinosa;
y deben sepultarse, don Rodrigo,
con vos el sueño, la verdad conmigo.

No lo olvidéis.

(Vuelven al centro de la Escena).

Doña Aurora

¿No sigues tu leyenda,
Gabriel? No está acabada.

Gabriel

No por cierto;
para leer su conclusión horrenda
de vuestros ojos quitará una venda
el juez cuando haya el relicario abierto.

ESCENA X

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON RODRIGO, DON CÉSAR, el DOCTOR N. y ALGUACILES. A la parte exterior de la puerta, soldados. Después, el Verdugo

Alguacil

Las seis.

Gabriel

Partamos, pues.

Doña Aurora

¡Virgen María!

Gabriel, ¿qué es esto?

Gabriel

Mi destino, Aurora.

Doña Aurora

¡Tu destino!... ¡Mi mente se extravía!

Alguacil

(Anunciando).

El verdugo del rey.

(Se presenta el Verdugo con el dogal en la mano).

Doña Aurora

¡Dios mío! ¡Ahora

lo comprendo!... ¡Ay de mí!...

(Se desmaya en los brazos de don César, que la coloca en el sillón).

Don César

¡Mísera!

Gabriel

El día

concluye. Vamos, pues me faltaría
valor para dejarla si volviera
en sí. Pronto, marchemos.

Doctor

(A Gabriel, poniéndose a su lado).

Vos, conmigo.

Gabriel

Es inútil.

Doctor

Mirad.

Gabriel

Todo es en vano.

Doctor

¿Sin confesión iréis?

Gabriel

Ha que os lo digo
cuatro semanas ya.

Doctor

¿No sois cristiano?

Gabriel

Porque lo soy, si a confesarme accedo,

os tendré que decir lo que no puedo.

Velad por ella, capitán; se encierra
en ella sola cuanto amé en la tierra.
Don Rodrigo

Señor...

Gabriel

No os fatiguéis; empresa es vana.

Llegó, rey o impostor, mi último día
y moriré cual debo, Santillana.

Si impostor, con impávida osadía,
y si rey, con fiereza soberana.

(Vase, y todos tras él).

ESCENA ÚLTIMA

DON RODRIGO, DOÑA AURORA y DON CÉSAR

Don Rodrigo

A concebir mi mente no se atreve
de la verdad el espantoso arcano.
Por ser y por no ser perecer debe,
sí; pero no mi desdichada mano
a ciegas al patíbulo le lleve.
César, dame esa joya.

Don César

Cuando muera.

Don Rodrigo

Sepamos antes la verdad entera,

César.

Don César

Padre, excusad vana porfía;

con su secreto perecer quería

y he de cumplir su voluntad postrera.

Don Rodrigo

¡César!

Don César

Se lo juré.

Doña Aurora

(Volviendo en sí).

¡Ay! ¿Quién hablaba

aquí? ¿Sois vos, don César? ¡Qué terrible

pesadilla!

Don César

(Aparte).

(¡Infeliz!).

Doña Aurora

Sí, yo soñaba

sin duda... ¡Eran quimeras! Mas ¡qué horrible

sospecha! Ese silencio..., esa tristeza...

¿Qué sucede? ¡Ay de mí! Los pensamientos
no acierto a combinar en mi cabeza.

¿Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos
hace. ¿Y Gabriel? Decid: ¿dónde está ahora?
¿Dónde está? Yo he soñado que venían
por él. Mas ¡qué rumor!...

*(Ruido de voces dentro; doña Aurora se abalanza a la ventana,
que abre, a pesar de don César que intenta impedirselo).*

Don César

Tened, Aurora;

tened, no os asoméis.

Doña Aurora

¡Ah! Me querían

engañar.

(Se asoma).

Allí va. Luces, soldados,
gente... ¡Ay! Yo veo, pero no concibo
lo que veo... Me envuelve el pensamiento
una niebla, un vapor calenturiento,
y no sé comprender lo que percibo.

Allí va. ¿Pero dónde se lo llevan
sin mí? Se paran... ¡El afán me ahoga!
¿Qué palos son aquellos que se elevan
allí? ¿Quién es aquel que con él sube?
¿Qué le ponen al cuello?... Es una soga.
¡Dios mío! Rasga la sangrienta nube

que me ofusca la mente... Un sacerdote.
¡Ah! Le van a matar... ¡Desventurados,
deteneos!... ¡Gabriel!... ¡Y yo, insensata,
que lo miraba estúpida! Malvados,
tened... Las manos sin oírme le ata.

(Volviéndose de repente a don Rodrigo).

Pero vos, ¡miserable!, que sois hombre,
venid..., gritad..., gritad..., alma cobarde,
conmigo... ¡Deteneos! Santillana,
gritad, a mí no me oyen, ¡en el nombre
de Dios! Gritad..., le quitan la escalera...

Gritad.

Don Rodrigo

¡Sí, que se salve aunque yo muera.

(Se acerca a la ventana y grita).

¡En el nombre del rey!...

Doña Aurora

¡Ay, es ya tarde!

(Cayendo de rodillas junto a la ventana).

Don César

(Dando el relicario a don Rodrigo).

¡Tomad: sepamos la verdad postrera!

(Don Rodrigo toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da don César. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto: el pliego varios papeles. Lo primero que lee don Rodrigo es el papel del relicario: después registra con ansia los papeles del pliego, y después desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitación y

ansiedad. Doña Aurora permanece unos momentos de rodillas y se acerca después al grupo que forman don Rodrigo y don César).

Don Rodrigo

(Leyendo).

«En nombre de Dios. Quienquier que fueres,
juez, sacerdote o asesino, pena
de excomunión después que lo leyeres,
arroja al fuego este papel. El muerto
ha sido el rey don Sebastián».

Doña Aurora

¡A buena

hora lo ves, imbécil asesino!

Don Rodrigo

(Registrando el pliego).

Mi firma. Una escritura..., mi contrato
de boda...

(Desenvuelve el retrato).

Y esta, doña Inés Aldino.

Doña Aurora

(Quitándoselo).

¡Mientes! Es de mi madre ese retrato.

Don Rodrigo

(Tendiéndole los brazos).

¡Hija mía!

Doña Aurora

(Rechazándole).

¿Tu hija?... Eso tan solo
me faltaba. ¡Hija tuya! Alucinarme
quieres con ese nombre; mas el dolo
miserable comprendo. No lo intentes.
Tú no has podido la existencia darme.
Mientes, viejo feroz; dime que mientes.
Tú para que su muerte te perdone
me llamas hija tuya; mas te engañas.
Nada hay en mí que tu maldad abone;
para ti solo hay odio en mis entrañas.
Don Rodrigo

(De rodillas).

¡Hija mía!

Doña Aurora

¡Otra vez! No me lo digas,
no me lo expliques; comprender no quiero
que el ser infame que en tu seno abrigas
me pudo dar el ser. Muerta primero.

Don Rodrigo

(Asiéndola del vestido).

¡Calla, hija mía!

Doña Aurora

Suelta, no me sigas.

Don Rodrigo

¡Huyes de mí!

Doña Aurora

Por siempre.

Don Rodrigo

¿Me abandonas?

Doña Aurora

Como a mi madre tú.

Don Rodrigo

¿Nada en mi abono

te dice el corazón? Que me perdonas
dime.

Doña Aurora

Mi madre, contra ti, ante el trono
de Dios, venganza pide.

Don Rodrigo

¡Horrendo encono!

Doña Aurora

Si eres mi padre tú, ¿por qué te extrañas
del infernal rencor que arde en mis venas?

La que tiene tu sangre en sus entrañas,
solo puede tener sangre de hienas.

Suéltame, pues, de tu sangrienta mano.

Mi padre era Gabriel, y su asesino
y el de mi madre, tú.

Don Rodrigo

Pero el destino

te une hoy a mí.

Doña Aurora

(Desprendiéndose de él).

Lo intentarás en vano.

Muerta mejor que a tu existencia unida.

Reniego, huyo de ti; mi ser olvida

y el nombre de hija que tan mal empleas;

y ¡ojalá que infeliz como ellos seas!,

y ¡ojalá en mi lugar, fiero homicida,

de mi madre y Gabriel, junto a ti veas

la doble aparición toda tu vida!

(Don Rodrigo cae desplomado. Doña Aurora se va por la puerta del fondo. Don César la sigue tristemente. Cae el telón).

FIN DEL DRAMA

1. [TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR](#)

2. [REPARTO](#)

3. [ACTO PRIMERO](#)

1. [Escena PRIMERA](#)

2. [Escena II](#)

3. [Escena III](#)

4. [Escena IV](#)

5. [Escena V](#)

6. [Escena VI](#)

7. [Escena VII](#)

8. [Escena VIII](#)

9. [Escena IX](#)

10. [Escena X](#)

11. [Escena XI](#)

12. [Escena XII](#)

13. [Escena XIII](#)

14. [Escena XIV](#)

15. [Escena XV](#)

16. [Escena XVI](#)

17. [Escena XVII](#)

4. [NOTA](#)

5. [ACTO SEGUNDO](#)

1. [Escena PRIMERA](#)

2. [Escena II](#)

3. [Escena III](#)

4. [Escena IV](#)

5. [Escena V](#)

6. [Escena VI](#)

7. [Escena VII](#)

8. [Escena VIII](#)

9. [Escena IX](#)

10. [Escena X](#)

11. [Escena XI](#)

12. [Escena XII](#)

13. [Escena XIII](#)

6. [ACTO TERCERO](#)

1. [Escena PRIMERA](#)

2. [Escena II](#)

3. [Escena III](#)

4. [Escena IV](#)

5. [Escena V](#)

6. [Escena VI](#)

7. [Escena VII](#)

8. [Escena VIII](#)

9. [Escena IX](#)

10. [Escena X](#)

11. [Escena ÚLTIMA](#)

7. [THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB